San Anselmo De Canterbury



Cur Deus Homo

¿Por qué Dios se hizo hombre?

Ivory Falls Books

SAN ANSELMO

CUR DEUS HOMO

¿Por qué Dios se hizo hombre?

CONTENIDOS

PREFACIO

La primera parte de este libro fue copiada sin mi conocimiento, antes de que el trabajo hubiera sido completado y revisado. Por lo tanto, me he visto obligado a terminarlo lo mejor que pude, más apresuradamente y más brevemente de lo que deseaba. Pues si se me hubiera permitido un período tranquilo y adecuado para publicarlo, debería haber introducido y subordinado muchas cosas de las que he mantenido en silencio. Pues fue sufriendo una gran angustia de corazón, cuyo origen y razón fueron conocidos por Dios, que, a petición de otros, comencé el libro en Inglaterra, y lo terminé cuando era un exiliado en Capua, Italia. De acuerdo al tema en que versa lo he llamado Cur Deus Homo o "¿Por qué Dios se hizo hombre?", y lo he dividido en dos libros cortos. El primero contiene las objeciones de los no creyentes, que desprecian la fe cristiana porque la consideran contraria a la razón; y, en fin, dejando a Cristo fuera de la vista (como si nada se hubiera sabido de él) y también la respuesta de los creyentes. Este libro demuestra, por razones absolutas, la imposibilidad de que cualquier hombre se salve sin él. De nuevo, en el segundo libro, como si nada se supiera de Cristo, se demuestra además por un claro razonamiento y hecho que la naturaleza humana fue ordenada para este propósito, es decir, que cada hombre debe gozar de una feliz inmortalidad tanto en el cuerpo y en el alma. Era necesario que este diseño para el cual el hombre fue creado fuera cumplido; pero que no podía ser cumplido a menos que Dios se hiciera hombre, y a menos que todas las cosas tuvieran lugar con respecto a Cristo. Solicito a todos los que deseen copiar este libro que prefijen este breve prefacio, con todos los títulos de los capítulos de toda la obra, al principio del texto. De modo que, en cualquier mano que pueda caer, al mirarlo en el rostro, por así decirlo, no pueda nada en todo el cuerpo de la obra escapar su atención.

PRIMER LIBRO

CAPÍTULO I. El problema central sobre el que descansa toda la obra.

He sido a menudo e intensamente solicitado por muchos, tanto a nivel personal y por carta, que debía entregar por escrito las pruebas de una cierta doctrina de la fe, las cuales estoy acostumbrado a dar a los que me las preguntan; porque dicen que estas pruebas les gratifican, y les consideran suficientes. Esto lo preguntan, no por el bien de alcanzar la fe por medio de la razón, sino porque se alegran por la comprensión y la meditación de las cosas que ellos creen; y que, en la medida de lo posible, puedan estar siempre listos para dar respuesta a cualquiera que exija de ellos una razón de la esperanza que está en nosotros. Los no creyentes habitualmente traen esta cuestión como una objeción en contra de nosotros, ridiculizando la simplicidad cristiana como absurda; al igual que muchos creyentes que reflexionan en sus corazones este mismo problema. Quiero decir cuál es el problema: Por cuál causa o necesidad, en verdad, Dios se hizo hombre, y por su propia muerte, que creemos y afirmamos, restauró la vida al mundo; cuando podría haber hecho esto, por medio de algún otro ser, angelical o humano, o simplemente por su voluntad. No sólo los eruditos, sino también muchas personas sin educación se interesan en esta investigación y buscan su solución. Por lo tanto, ya que muchos desean considerar este tema, y, aunque parece muy difícil en su investigación, sin embargo, es claro para todos la solución, y es recomendable por la utilidad y la belleza del razonamiento. Por consiguiente, a pesar de que los santos padres han dicho referente a este problema lo que juzgaron conveniente, no obstante, lo que Dios se digne en revelarme sobre este tema me aventuraré a mostrar a los que lo investigan. Y ya que las investigaciones que se llevan por preguntas y respuestas, se hacen más claras para muchos, y especialmente a las mentes menos rápidas. Entre los que más me han impulsado a tomar esta petición, lo tomaré como compañero disputante, por haber sido el más insistente, de manera que Boso preguntará y Anselmo contestará .

CAPÍTULO II. Cómo deben ser interpretadas las cosas que han de ser dichas.

Boso. Como el orden correcto nos exige creer las cosas profundas de la fe cristiana antes de comprometernos a discutirlas por la razón; por lo que a mi juicio parece una negligencia si, después de estar confirmados en la fe, no buscamos entender lo que creemos. Por lo tanto, puesto que me considero así a sostener la fe de nuestra redención, por la gracia preveniente de Dios, de modo que, aun cuando yo no pudiera de ninguna manera entender lo que yo creo, todavía nada podría sacudir mi firmeza en la fe. Deseo que me descubráis lo que, como sabéis, muchos, además me preguntan, ¿para qué necesidad y causa, Dios, que es omnipotente, habría asumido la pequeñez y la debilidad de la naturaleza humana en aras de su renovación?

Anselmo. Me pides una cosa que está por encima de mí, y por lo tanto tiemblo al tomar en la mano temas demasiado elevados para mí, sobretodo, cuando alguien puede

haber pensado o incluso ver que no le satisface mi respuesta, él más bien creerá que me he apartado de la verdadera doctrina antes que pensar que mi intelecto no es suficientemente poderoso para comprender esta verdad.

Boso. No debes temer tanto esto, porque debes recordar, por otro lado, que a menudo sucede en la discusión de alguna pregunta que Dios revela lo que antes ocultaba. Más aún, debéis esperar la gracia de Dios, porque si generosamente impartes las cosas que habéis recibido libremente, seréis digno de recibir cosas superiores a las que aún no habías alcanzado.

Anselmo. Hay también otra cosa a causa de la cual creo que este tema difícilmente puede ser discutido entre nosotros de manera exhaustiva; o escasamente. Ya que para ello se requiere un conocimiento de Poder y Necesidad y Voluntad y ciertos otros temas tan relacionados entre sí que ninguno de ellos puede ser examinado completamente sin el resto. Y por lo tanto la discusión de estos temas requiere un trabajo separado, que, aunque no muy fácil, en mi opinión, no es en modo alguno inútil. Porque la ignorancia de estos temas hace ciertas cosas difíciles, que se hacen fáciles por el conocimiento de ellas.

Boso. Puedes hablar brevemente con respecto a nociones que se tornan relevantes, de manera que ambos tengamos el conocimiento necesario para el presente trabajo, y lo que quede por decir, podemos posponerlo para otro tiempo.

Anselmo. Estoy un poco renuente a tu petición, no sólo porque el tema es importante, sino que trata de Él, que es hermoso por encima de los hijos de los hombres (Sal. 45,3 (44,3) así es de una sabiduría justa por encima del intelecto de los hombres. Por esta razón, temo que, como me acostumbré a enojarme con los artistas desgraciados, cuando veo a nuestro Señor pintado en una figura indecorosa; así también puede suceder conmigo (que provoque indignación) si me comprometo a explorar un tema tan rico en una dicción áspera y vulgar.

Boso. Este miedo no debe disuadirte, porque, al tú permitir que alguien que hable mejor lo haga, por lo que no impides que nadie, que no guste de tu discurso, lo escriba más elegantemente si tu lenguaje no le satisface. Pero, para exceptuar todas tus excusas, lo que te pregunto, no lo escribirás para el erudito pero para mí, y los que piden lo mismo conmigo.

Anselmo. Puesto que observo tu seriedad y la de aquellos que desean una solución contigo, por amor y celo piadoso, trataré con lo mejor de mi capacidad, con la ayuda de Dios y tus oraciones, las cuales, no tanto son para exhibir la solución como para encontrarla contigo. Pero deseo que todo lo que yo diga sea recibido con este entendimiento: que si he dicho algo que autoridad superior no corrobore, aunque parezca demostrado racionalmente, no se recibirá con más confianza, que como así pareciéndome a mí por el tiempo presente, hasta que Dios de alguna manera me haga una revelación más clara. Pero si en alguna medida estoy en condiciones de responder tu pregunta, ten por seguro que es el caso de que uno más sabio que yo pueda darte una respuesta más satisfactoria. Debemos entender que todo lo que un hombre pueda decir o conocer sobre este tema, un racionamiento más profundo sobre una doctrina tan importante aún permanecerá oculta.

Boso. Permíteme, por lo tanto, hacer uso de las palabras de los no creyentes. Pues es propio de nosotros cuando tratamos de investigar la razonabilidad de nuestra fe proponer las objeciones de aquellos que no están dispuestos a someterse a nuestra fe sin el apoyo de la razón. Pues aunque apelan a la razón porque no creen, pero nosotros, por otra parte, porque creemos; sin embargo, la cosa buscada es una y la misma. Y si usted plantea alguna réplica a la que la Autoridad Sagrada parece oponerse, permíteme exhibirte la Autoridad para que puedas revelar que dicha esta inconsistencia no existe.

Anselmo. Habla de acuerdo a tu gusto.

CAPÍTULO III. Objeciones de los no creyentes y respuestas de los creyentes.

Boso. Los no creyentes que ridiculizan nuestra simplicidad nos acusan de que hacemos injusticia y deshonramos a Dios cuando afirmamos que descendió al vientre de una virgen, que nació de mujer, que creció con el alimento de la leche y con la comida de los hombres; y, pasando sobre muchas otras cosas que parecen incompatibles con la Deidad, sufrió fatiga, hambre, sed, flagelación, crucifixión y muerte entre los ladrones.

Anselmo. No hacemos injusticia ni deshonra a Dios, sino que le damos gracias de todo corazón, alabando y proclamando la inefable altura de su compasión. Por lo más asombroso y más allá de la expectativa, nos ha restablecido -de tan grandes y merecidos males en los que estábamos-, a bendiciones tan grandes e inmerecidas que habíamos perdido; tanto más ha demostrado su más excesivo amor y ternura hacia nosotros. Pues si los no creyentes consideraran cuidadosamente cuan adecuadamente la restauración de la naturaleza humana fue obtenida en esta manera, no ridiculizarían nuestra sencillez, sino que se unirían a nosotros para alabar la sabia beneficencia de Dios. Porque, como la muerte vino sobre el género humano por la desobediencia del hombre, era apropiado que por la obediencia del hombre (Rm. 5, 19) la vida fuera restaurada. Y como el pecado, la causa de nuestra condenación, tuvo su origen en una mujer, así debe haber nacido el autor de nuestra justicia y salvación de una mujer. Y así también era apropiado que el diablo, que siendo tentador del hombre, lo hubiese conquistado al comer del árbol, fuese vencido por el hombre en el sufrimiento del árbol que el hombre cargaba. Muchas otras cosas también, si las examinamos cuidadosamente, dan una cierta belleza indescriptible a nuestra redención adquirida así.

CAPÍTULO IV Cómo estas cosas no parecen decisivas para los no creyentes, y meramente como pinturas, por así decirlo

Boso. Estas cosas deben admitirse como hermosas, y por así decirlo, como pinturas. Pero si no tienen un fundamento sólido, no parecen suficientes para los no creyentes, como razones por las que debemos creer que Dios quiso sufrir las cosas de las que hablamos. Porque cuando uno desea hacer una imagen, selecciona algo sustancial para pintarla, de modo que su imagen pueda permanecer. Porque nadie pinta en el agua o en el aire, porque no quedan restos de la imagen en ellos. Por lo tanto, cuando exhibimos a los no creyentes estas proporciones armoniosas de las que hablas como de pinturas de un evento real, ya que no creen que esta creencia nuestra sea una realidad, sino sólo una ficción, nos consideran, por decirlo así, como estar pintando sobre una nube. Por lo tanto, la existencia racional de la verdad primero se demuestra, quiero decir, la necesidad, que demuestra que Dios debería o podría haber condescendido a las cosas que afirmamos. Después, para hacer que el cuerpo de la verdad, por así decirlo, resplandezca más claramente, deben describirse estas proporciones armoniosas, como imágenes del cuerpo.

Anselmo. ¿Acaso la razón por la cual Dios debió hacer las cosas de las que hablamos no parece bastante congruente? En otras palabras, la raza humana- su muy preciosa obra-, estaba completamente arruinada, y que no era aparente que el plan de Dios fuese desbaratado; y, además, que este plan no podía ser llevado a cabo a menos que la raza humana fuera liberada por su mismo Creador?

CAPÍTULO V Cómo la redención del hombre no podía ser efectuada por ningún otro ser sino Dios.

Boso. Si se dijera que esta liberación había sido efectuada de algún modo por cualquier otro ser que no fuese Dios (ya fuera un ser angelical o un ser humano), la mente del hombre lo vería en forma más tolerable. Porque Dios pudo haber hecho a un hombre sin pecado, no de una sustancia pecaminosa, y no descendiente de ningún hombre, como hizo a Adán, y por este hombre parece que la obra de la que hablamos podría haber sido cumplida.

Anselmo. ¿No percibes que, si algún otro ser rescatara al hombre de la muerte eterna, el hombre sería justamente considerado como el siervo de ese ser? Ahora bien, si así fuera, no volvería a ser restaurado a esa dignidad que habría sido suya si nunca hubiera pecado. Porque él, que iba a ser por la eternidad sólo el siervo de Dios y un igual con los santos ángeles (Lc. 20, 36), sería ahora el siervo de un ser que no era Dios, y que los ángeles no servirían.

CAPÍTULO VI. Cómo los no creyentes nos critican por nuestro dogma de que Dios nos ha redimido por su muerte, y así ha mostrado su amor hacia nosotros, y que vino a vencer al diablo por nosotros.

Boso. Esto les sorprende mucho, porque llamamos a esta redención una liberación. Pues preguntan: "¿En qué cautividad o encarcelamiento, o bajo qué poder estabais sometidos, que Dios no podría librarte de él, sin comprar tu redención por tantos sufrimientos y finalmente por su propia sangre? Y cuando les decimos que nos liberó de nuestros pecados y de su propia ira y del infierno y del poder del diablo, al que vino a vencer por nosotros, porque no pudimos hacerlo, y que él compró para nosotros el reino de los cielos; y que, al hacer todas estas cosas, manifestó la grandeza de su amor hacia nosotros.

Ellos responden: *Si dices que Dios, que crees que creó el universo con una palabra, no pudo hacer todas estas cosas con un simple mandamiento, te contradices a ti mismo, porque lo haces impotente. O, si concedes que pudo haber hecho estas cosas de alguna otra manera, pero no deseó, ¿cómo puedes vindicar su sabiduría, cuando afirmas que él deseó, sin ninguna razón, sufrir cosas tan impropias? Porque todas estas cosas que expones son regidas por su voluntad. Porque la ira de Dios no es más que su deseo de castigar. Si, pues, no desea castigar los pecados de los hombres, el hombre está libre de sus pecados, y de la ira de Dios, y del infierno, y del poder del diablo, todas estas cosas las sufre por el pecado. Y, lo que había perdido por causa de estos pecados, ahora recupera. Porque, ¿quién tiene el poder sobre el infierno o el diablo? ¿Y de quién es el reino de los cielos, si no es de Él quien ha creado todas las cosas? En consecuencia, todas las cosas que temen o esperan, todas están sujetas a su voluntad, a la que nada puede oponerse. Si, por lo tanto, Dios no estaba dispuesto a salvar a la raza humana de otra manera a la mencionada, cuando pudo haberlo hecho por su simple voluntad, observen, por decir lo menos, cómo menospreciaríamos su sabiduría. Pues si un hombre sin motivo hiciera, por medio de un trabajo duro, algo que hubiera podido hacer de una manera más fácil, nadie lo consideraría un hombre sabio. En cuanto a su declaración de que Dios ha demostrado de esta manera cuánto nos amó, no hay argumento para apoyar esto, a menos que se demuestre que Él no podría de otra manera haber salvado al hombre. Porque si no hubiera podido hacerlo de otra manera, era necesario que manifestara su amor de esta manera. Pero ahora, cómo podría haber salvado al hombre de manera diferente, ¿por qué es que, por el bien de mostrar su amor, hace y sufre las cosas que enumeras? ¿Por qué no muestra a los ángeles buenos cuánto los ama, aunque no padezca tales cosas por ellos? En cuanto a lo que dices que su venida para vencer al diablo lo hizo en tu nombre, ¿con qué sentido te atreves a alegar esto? ¿No está la trinidad de Dios omnipotente en todas partes? ¿Cómo es, pues, que Dios debió bajar del cielo para vencer al diablo?* Estas son las objeciones con las que los no creyentes creen que pueden confrontarnos.

CAPÍTULO VII. El diablo no tenía pretensión justa de su parte contra el hombre; y por qué era, que parecía haberla tenido, y por qué Dios liberó al hombre de esta manera.

Bosso. Por otra parte, normalmente utilizamos el siguiente reclamo:

Con el fin de salvar a los hombres, Dios estuvo obligado, por así decirlo, a tranzar con el diablo en términos de justicia, para que, cuando el diablo le diera muerte a Aquel ser, que es Dios y en el que no hay nada digno de muerte, el Diablo perdiera con justicia su poder sobre los pecadores. Y que, si no fuera así, Dios habría usado la fuerza indebida contra el diablo, ya que el diablo tenía una propiedad legítima del hombre, porque el diablo no había tomado al hombre con violencia, pero el hombre se había rendido libremente a él.

Pero no veo la fuerza de este reclamo. Es cierto que esto bien podría decirse, si el diablo o el hombre pertenecieran a cualquier otro ser que de Dios, o estuvieran en el poder de cualquiera excepto Dios. Pero ya que ni el diablo ni el hombre pertenecen a nadie más que a Dios, y tampoco pueden existir sin el ejercicio del poder divino, ¿qué acción debió Dios haber emprendido con su propia creatura o qué debió hacer sino castigar a su Sirviente, que había seducido a su fiel compañero de servicio a abandonar a su Señor común y apoderarse de él; y quien como un traidor, había recibido un fugitivo; y como un ladrón, había recibido a otro ladrón, junto con lo que había robado de su Señor. Ambos eran ladrones de su Señor, pues por las persuasiones de uno el otro robó a su Señor. ¿Qué podría ser más justo para Dios que hacer esto? O, si Dios, el juez de todos, arrebata al hombre, de este modo, fuera del poder de quien lo sostiene tan injustamente, ya sea con el propósito de castigarlo de alguna otra manera que por medio del diablo, o de ahorrarle el castigo, ¿Qué injusticia habría en esto? Porque, aunque el hombre merecía ser atormentado por el diablo, el diablo lo atormentaba injustamente. Porque el hombre merecía el castigo, y no había modo más adecuado para él ser castigado que por aquel ser a quien había dado su consentimiento al pecado. Pero la imposición del castigo no era nada meritorio en el diablo. Por otra parte, era aún más injusto en esto, porque no fue llevado a él por el amor a la justicia, sino impulsado por un impulso malicioso. Porque no lo hizo por mandato de Dios, pero la inconcebible sabiduría de Dios, que controla felizmente incluso la maldad, lo permitió.

Y, en mi opinión, los que piensan que el diablo tenía derecho a poseer al hombre, son llevados a esta creencia por la siguiente consideración: ven que el hombre está justamente expuesto al tormento del diablo, y que Dios justamente lo permite; y por lo tanto suponen que el diablo lo inflige con razón. Pues lo mismo, desde puntos de vista opuestos, a veces *una* cosa es sólo justa o injusta, y por lo tanto, aquellos que no inspeccionan cuidadosamente el asunto, consideran *completamente* justo o *completamente* injusto. Supongamos, por ejemplo, que uno golpea injustamente a una persona inocente y, por tanto, merece ser derrotado; si, sin embargo, el que fue golpeado, aunque no debe vengarse, golpea a la persona que lo golpeó, entonces lo hace injustamente. Y por lo tanto, esta violencia por parte del hombre que devuelve el golpe es injusta, porque no debe vengarse. Pero en lo que se refiere al que recibió el golpe, es

justo, porque desde que dio un golpe injustamente, merece justamente recibir uno a cambio. Por lo tanto, desde puntos de vista opuestos, la misma acción es justa e injusta, porque puede ser que una persona la considere sólo justa y otra sólo injusta. Así también se dice que el diablo atormenta a los hombres con justicia, porque Dios en la justicia lo permite, y el hombre en la justicia lo sufre. Pero cuando se dice que el hombre padece con justicia, no se entiende que su justo sufrimiento es infligido por la mano de la justicia misma, sino que es castigado por el justo juicio de Dios.

Pero supongamos, que la nota de cargo, del cual el apóstol declara (Col. 2,14) fue hecha en contra de nosotros, y cancelada por la muerte de Cristo; es aludida. Y si alguno piensa que por la nota de cargo el apóstol quería significar que el diablo, como si estuviera escribiendo una especie de pacto, exigiera justamente el pecado y el castigo del pecado, antes que Cristo sufriera, como una deuda por el primer pecado con el que él tentó al hombre, de modo que de esta manera él parece probar su derecho sobre el hombre, yo no pienso de ninguna manera que debe entenderse así. Pues esa nota no es del diablo, porque se llama la "nota de cargo" pero de Dios. Pues por el justo juicio de Dios fue decretada, y confirmada como por escrito, que, desde que el hombre había pecado, no tenía el poder de evitar el pecado o el castigo del pecado. Porque el hombre es "un soplo que se va y no vuelve más" (Sal. 78, 39 (77)) (est enim spiritus vadens et non rediens); Y el "que peca es sirviente del pecado" (Jn. 8, 34). El que peca no debe escapar con impunidad, a menos que la misericordia perdone al pecador, y lo libere y restaure. Por lo tanto, no debemos creer que, a causa de esta nota, pueda hallarse alguna justicia por parte del diablo para atormentar al hombre.

En fin, como nunca hay injusticia en un ángel bueno, así en un ángel malvado no puede haber justicia en absoluto. Por lo tanto, no hay ninguna razón, por lo que respecta al diablo, por la que Dios no debiera hacer uso de su propio poder contra él para la liberación del hombre.

CAPÍTULO VIII. Cómo, aunque los actos de la condescendencia de Cristo de los que hablamos no pertenecen a su divinidad, parece todavía impropio a los no creyentes que estas cosas se digan de él como un hombre. Y por qué les parece que este hombre no sufrió la muerte por su propia voluntad.

Anselmo. La voluntad de Dios debe ser una razón suficiente para nosotros, cuando hace algo, aunque no podemos ver por qué lo hace. Porque la voluntad de Dios nunca es irracional.

Boso. Eso es muy cierto, si se concede que Dios desea la cosa en cuestión. Pero muchos nunca permitirán que Dios desee algo si no es coherente con la razón.

Anselmo. ¿Qué encontramos inconsistente con la razón, en nuestra confesión de que Dios deseaba las cosas que constituyen nuestra creencia con respecto a su encarnación?

Boso. Esto en breve es: que el Altísimo se abaje a cosas tan humildes, que el Todopoderoso haga algo con tanto trabajo.

Anselmo. Los que hablan así no entienden nuestra creencia. Pues afirmamos que la naturaleza Divina es indudablemente impasible, y que Dios no puede ser derribado de su exaltación, ni trabajando en cualquier cosa que quiera hacer. Pero decimos que el Señor Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre, una persona en dos naturalezas, y dos naturalezas en una sola persona. Cuando, por lo tanto, hablamos de Dios como soportando cualquier humillación o enfermedad, no nos referimos a la majestad de esa naturaleza, que no puede sufrir; sino a la debilidad de la constitución humana que asumió. Y así no queda motivo de objeción contra nuestra fe. Porque de esta manera no pretendemos degradar la naturaleza Divina, sino que enseñamos que una persona es Divina y humana. En la encarnación de Dios no hay disminución de la Deidad; sino que la naturaleza del hombre fue exaltada.

Boso. Que así sea; no se haga referencia a la naturaleza divina, que se habla de Cristo según el modo de la debilidad humana. Pero ¿cómo será jamás una cosa justa o razonable que Dios trate o sufra ser tratado de tal manera, aquel hombre al que el Padre llamó su Hijo amado en quien Él se complacía, (Mt. 3, 17) y hombre por quien Hijo se hizo? Porque ¿qué justicia hay en su muerte sufriente por el pecador, siendo el más justo de todos los hombres? ¿Qué hombre, si condenara al inocente para liberar al culpable, no sería juzgado digno de condenación? Y así la materia parece volver a la misma incongruencia que se menciona arriba. Porque si no podía salvar a los pecadores de otra manera que condenando al justo, ¿dónde está su omnipotencia? Si, sin embargo, él pudiera, pero no quería, ¿cómo podemos mantener su sabiduría y justicia?

Anselmo. Dios Padre no trató a ese hombre como pareces suponer, ni matar a los inocentes por los culpables. Porque el Padre no le obligó a sufrir la muerte, ni siquiera a permitir que fuese muerto, contra su voluntad, sino que por su propia cuenta soportó la muerte para la salvación de los hombres.

Boso. Aunque no estaba en contra de su voluntad, ya que estaba de acuerdo con la voluntad del Padre; sin embargo, el Padre parece haberlo atado, por así decirlo, por su

mandato. Porque se dice que Cristo "se humilló a sí mismo, haciéndose obediente al Padre hasta la muerte, y una muerte de cruz, por lo cual Dios también lo exaltó" (Flp. 2, 8-9). Y que "aprendió la obediencia por las cosas que sufrió" (Hb. 5, 8); y que “su Padre no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros " (Rm. 8, 32). Y también el Hijo dice:" No he venido a hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado" (Jn. 6, 38). Y cuando está a punto de ser crucificado, dice: "Como el Padre me lo ha mandado, así lo hago." (Jn. 14, 31) Otra vez: "La copa que el Padre me ha dado, ¿no la beberé?" (Jn. 18, 11) Y, en otra ocasión: "Padre, si es posible, pase de mí esta copa" (Mt. 26, 39) Y otra vez:" Padre, si esta copa no pasa de mí, si no la bebo, hágase tu voluntad" ((Mt. 26, 42). En todos estos pasajes parece más bien que Cristo sufrió la muerte por obediencia, que por la inclinación de su propia voluntad.

CAPÍTULO IX. Murió por su propia voluntad, y lo que esto significa: "se hizo obediente hasta la muerte", y: "por lo cual Dios lo ha exaltado". y: "No he venido a hacer mi propia voluntad", y: "no perdonó a su propio Hijo"; y: "no como yo quiero, sino como tú".

Anselmo. Me parece que no entiendes bien la diferencia entre (1) lo que él hizo porque la obediencia lo requería y (2) lo que sufrió, no exigido por la obediencia, sino infligido a él, porque mantuvo su obediencia perfecta.

Boso. Necesito que lo explique con más claridad.

Anselmo. ¿Por qué los judíos lo persiguieron hasta la muerte?

Boso. Por ninguna razón más que mantener, inquebrantablemente, la justicia y la verdad, en toda su vida y obras.

Anselmo. Creo que Dios exige esto de todo ser racional, y todo ser debe esto en obediencia a Dios.

Boso. Debemos reconocer esto.

Anselmo. Ese hombre, por lo tanto, debía esta obediencia a Dios el Padre, su humanidad se la debía a su Deidad; y el Padre la reclamó de él.

Boso. No hay duda de esto.

Anselmo. Ahora usted ve lo que él hizo, ya que la obediencia lo requería.

Boso. Muy cierto, y veo también qué inflicción soportó, porque se mantuvo firme en la obediencia. Porque la muerte le fue infligida por su perseverancia en la obediencia y la soportó; pero no entiendo cómo es que la obediencia exigía esto.

Anselmo. ¿Debería el hombre sufrir la muerte, si nunca hubiera pecado, o debería Dios exigir esto de él?

Boso. Es por esto que creemos que el hombre no habría estado sujeto a la muerte, y que Dios no habría exigido esto de él; pero me gustaría escuchar la razón de esta creencia.

Anselmo. Tú reconoces que la criatura inteligente fue creada justa, y con el propósito de ser feliz en el goce de Dios.

Boso. Sí.

Anselmo. Ciertamente no creerás apropiado que Dios haga su criatura miserable sin culpa, cuando lo creó santo para disfrutar de un estado de bienaventuranza. Porque sería una cosa miserable que el hombre muriera contra su voluntad.

Boso. Está claro que si el hombre no hubiera pecado, Dios no hubiera requerido su muerte.

Anselmo. Dios, por lo tanto, no obligó a Cristo a morir; pues en él no había pecado. En cambio, sufrió la muerte por su propia voluntad, no cediendo su vida como un acto de obediencia, sino por su obediencia en mantener la justicia; Porque él mantuvo tan firmemente esta obediencia que encontró la muerte a causa de ella. Se puede decir, de hecho, que el Padre le ordenó morir, cuando la ordenó sobre él, causa por la cual encontró la muerte. Fue en este sentido, entonces, que "como el Padre le dio el mandato, así lo hizo, y el vaso que le dio a él, lo bebió, y se hizo obediente al Padre, hasta la

muerte". Y así "aprendió la obediencia de las cosas que sufrió", es decir, hasta qué punto debe mantenerse la obediencia. Ahora bien, la frase "aprendió", que es utilizada, puede entenderse de dos maneras. Ya sea que "aprendió" es utilizada para esto: hizo que otros aprendieran; o se utiliza, porque aprendió por experiencia, la cual ya poseía a través del conocimiento (más que por experiencia).

Ahora, cuando el Apóstol había dicho: "Se humilló a sí mismo, siendo hecho obediente hasta la muerte, incluso muerte de cruz", agregó: "por lo cual Dios también lo exaltó y le dio un nombre que está por encima de todo nombre". Y esto es similar a lo que dijo David: "bebió del arroyo en el camino, por lo que levantó la cabeza" (Sal. 110, 7 (109)). Porque no se quiere decir que no pudiera haber alcanzado su exaltación de ninguna otra manera sino por obediencia a la muerte. No se entiende que su exaltación le fue conferida, sino como recompensa de su obediencia porque él mismo dijo antes de sufrir, que todo lo que le había sido confiado por el Padre (Lc. 10, 22), y que todo lo que pertenecía al Padre era suyo (Jn. 16, 15). Pero la expresión se usa porque el Hijo había estado de acuerdo con el Padre y el Espíritu Santo, que no había otra manera de revelar al mundo la sublimidad de su omnipotencia, más que por su muerte. Porque si esta manifestación de su omnipotencia, que fue decretada para tener lugar sólo con su muerte, no es erróneamente dicho que ocurrió *debido* a su muerte.

Pues si pretendemos ejecutar algo, pero decidimos hacer algo primero por medio del cual la pretendida primera acción se llevará a cabo. Cuando se ejecuta la primera pretendida acción que queríamos hacer, si el resultado es tal como queríamos, se dice propiamente que es por la otra acción; puesto que ahora se hace lo que causó el retraso; pues se había determinado que la primera no debía hacerse sin la otra. Si, por ejemplo, me propongo cruzar un río sólo en bote, aunque pueda cruzarlo en un bote o a caballo, y pospongo cruzarlo porque el bote no está disponible; pero si cruzo el río, cuando el bote está disponible, se puede decir correctamente: “Un bote estaba disponible, y por lo tanto, crucé”. Y no sólo usamos esta forma de expresión, cuando es por medio de una cosa que deseamos que ocurra primero, sino también cuando pretendemos hacer otra cosa, no por medio de esa cosa, sino sólo después de ella. Por ejemplo, supongamos que uno retrasa comer porque no ha asistido hoy a la celebración de la misa. Cuando se ha hecho lo que él deseaba hacer primero, no es impropio decirle: ahora toma comida, porque ahora has hecho aquello por lo cual retrasaste en tomar comida. Por lo tanto, mucho menos es el lenguaje extraño, cuando se dice que Cristo es exaltado por esto, *porque* sufrió la muerte; porque fue a través de esto, y *después* de esto, que él determinó llevar a cabo su exaltación. Esto puede entenderse también de la misma manera que el pasaje en el cual se dice que nuestro Señor aumentó en sabiduría y en favor de Dios (Lc. 2, 52); (no que realmente fuera así, sino que se comportó como si fuera así). Porque después de su muerte, fue exaltado como si esta exaltación ocurrió *por* su muerte.

Por otra parte, su declaración: "Yo no he venido a hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió" (Jn. 6, 38), es precisamente similar a su declaración: "Mi doctrina no es mía" (Jn. 7, 16); Porque lo que uno no tiene de sí mismo, sino de Dios, no debe llamarse suyo, sino de Dios. Ahora bien, nadie tiene la verdad que él enseña, o su santa

voluntad, por sí mismo, sino de Dios. Cristo, por lo tanto, no vino a hacer su propia voluntad, sino la del Padre; porque su santa voluntad no se deriva de su humanidad, sino de su divinidad. Por esta frase: "Dios no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros" (Rm. 8, 32), significa nada más que no lo liberó. Porque en la Biblia se encuentran muchas declaraciones como estas. De nuevo, cuando dice: "Padre, si es posible, pase de mí esta copa, pero no como yo quiero, sino como tú quieres" (Mt. 26, 39). “Y si esta copa no pasare de mí, sin que yo la beba, hágase tu voluntad” (Mt. 26, 42), por referencia a su propia voluntad quiere significar su deseo natural de seguridad, según la cual su naturaleza humana quiere huir de la angustia de la muerte.

Pero habla de la voluntad del Padre, no porque el Padre prefería la muerte del Hijo a su vida; sino porque el Padre no estaba dispuesto a rescatar a la raza humana, a menos que el hombre hiciera una cosa tan grande como significaba la muerte de Cristo. Puesto que la razón no exigía a otro lo que no podía hacer, por lo tanto, el Hijo dice que él deseaba su propia muerte. Porque él prefería sufrir, en vez de que la raza humana se perdiera. Como si dijera al Padre: "Como no deseas que la reconciliación del mundo tenga lugar de otra manera, en este aspecto veo que deseas mi muerte, que se haga tu voluntad, esto es, que mi muerte tenga lugar, para que el mundo se reconcilie contigo". Porque a menudo decimos que uno desea algo, porque no elige otra cosa, cuya elección excluiría la existencia de lo que se dice que desea. Por ejemplo, cuando decimos que el que no opta por cerrar la ventana por la cual entra un viento que apaga la vela que da luz, desea que se apague la luz. Así que el Padre deseaba la muerte del Hijo, porque no estaba dispuesto a que el mundo fuera salvo de ninguna otra manera, excepto por el hecho de que el hombre hiciera algo tan grande como el que he mencionado. Y esto, puesto que ningún otro podía lograrlo: porque el deseo de salvar al hombre del Hijo es equivalente al Padre habiéndole mandado a morir. Y, por tanto, como el Padre le dio este mandamiento, así lo hizo, y bebió la copa que el Padre le dio, siendo obediente hasta la muerte.

CAPÍTULO X. Cómo estos textos se pueden explicar correctamente de otra manera

Anselmo. También es una interpretación justa que, por esa misma santa voluntad, por la cual el hijo quiso morir por la salvación del mundo, el Padre le dio el mandamiento (aunque no por coacción) y la copa del sufrimiento, y no le perdonó sino que lo entregó por nosotros y deseó su muerte; y que el mismo Hijo fue obediente hasta la muerte, y aprendió la obediencia de las cosas que padeció. Porque como en cuanto a aquella voluntad que lo llevó a una vida santa, no la tenía como un ser humano por sí mismo, sino del Padre; así también esa voluntad por la cual deseaba morir para la realización de tan grande bien, no la podía haber tenido sino del Padre de las luces, de quien viene todo bien y don perfecto (St. 1, 17). Y como se dice que el Padre atrae al hombre impartiendo su voluntad sobre él, no hay nada impropio en afirmar que Él mueve al hombre. Porque como dice el Hijo del Padre: "Nadie viene a mí si el Padre no lo atrae" (Jn. 6, 44), bien podría haber dicho, si no lo moviera. De la misma manera, también, podría haber declarado: "Nadie da su vida por mi causa, sino que el Padre lo mueva o lo llame". Pues ya que un hombre es atraído o movido por su voluntad a lo que él invariablemente elige, no es impropio decir que Dios lo atrae o lo mueve cuando le da esta voluntad.

Por esta atracción o impulso no hay que entender que hay alguna fuerza coaccionante, sino un apego libre y agradecido a la santa voluntad que se ha recibido. Si entonces no puede negarse que el Padre atrajo o movió al Hijo a la muerte dándole esa voluntad; quien no ve que, de la misma manera, le dio el mandamiento de soportar la muerte por su propia cuenta y tomar de la copa, que él bebió libremente. Y si es correcto decir que el Hijo no se salvó a sí mismo, sino que se entregó por nosotros de su propia voluntad, quien negará que es correcto decir que el Padre, de quien él tenía esta voluntad, no le perdonó sino lo entregó por nosotros, y deseó su muerte? De esta manera, también, siguiendo la voluntad recibida del Padre invariablemente y por su propia voluntad, el Hijo se hizo obediente a Él hasta la muerte; Y aprendió la obediencia de las cosas que sufrió; es decir, aprendió cuán grande era el trabajo que debía realizarse mediante la obediencia. Porque obediencia real y sincera ocurre cuando un ser racional, no por coacción, sino libremente, sigue la voluntad recibida de Dios.

De otras maneras, también, podemos explicar adecuadamente el deseo del Padre de que el Hijo muriera, aunque esto parecería suficiente. Pues como decimos que “desea” algo que hace que otro lo desee; así también decimos que “desea” algo que apruebe el deseo de otro, aunque no cause ese deseo. Así, cuando vemos a un hombre que desea soportar el dolor con fortaleza para la realización de algo que desea rectamente; aunque reconozcamos que deseamos que sufra ese dolor, pero no elegimos, ni tomamos placer en su sufrimiento, sino en su elección. Nosotros también estamos acostumbrados a decir que el que puede prevenir una cosa no desea lo que no previene. Puesto que, por tanto, la voluntad del Hijo agradó al Padre, y no le impidió escoger ni realizar su elección, es propio decir que deseaba que el Hijo sufriera la muerte tan piadosamente y por un fin tan grande, aunque no estaba satisfecho con su sufrimiento. Por otra parte, dijo que la copa no debía pasar de él, excepto que la bebió, no porque no podría haber escapado de la

muerte que había elegido; sino porque, como se ha dicho, el mundo no podría salvarse; y era su elección fija sufrir la muerte, más que dejar que el mundo no se salvara.

Fue por esta razón, también, que usó esas palabras, es decir, para enseñar a la raza humana que no había otra salvación para ellos sino por su muerte; y no para demostrar que no tenía poder para evitar su muerte. Porque todo lo que se ha dicho de él, semejante a lo ya mencionado, se debe entender con la creencia de que él murió, no por coacción, sino por libre elección. Porque él era omnipotente, y se dice de él, cuando fue ofrecido, que lo deseaba. (Is. 53, 7) Y él mismo dice: "Yo doy mi vida para recobrarla de nuevo, nadie me la quita, sino que yo la doy libremente, tengo el poder para darla, y tengo poder para recobrarla de nuevo". (Jn. 10, 17-18) Por lo tanto, no se puede decir que un hombre haya sido conducido a una cosa que hace de su propio poder y voluntad.

Boso. Pero este hecho simple, de que Dios permite ser tratado así, aunque estuviera dispuesto, no parece ser de tal Padre con respecto a tal Hijo.

Anselmo. Por el contrario! Es del todo apropiado que tal Padre acepte el deseo de tal Hijo, si el deseo de su hijo alaba el honor de Dios y es útil para la salvación del hombre, cosa que de otro modo no se llevaría a cabo.

Boso. La pregunta que todavía nos preocupa es cómo la muerte del Hijo puede ser probada razonable y necesaria. De lo contrario, no parece que el Hijo debía desearla, o el Padre obligarlo o permitirlo. Porque la pregunta es: ¿por qué Dios no podía salvar al hombre de alguna otra manera, y si es así, por qué deseaba hacerlo de esta manera? Porque no parece apropiado para Dios haber salvado al hombre de esta manera; ni está claro que se logró con la muerte de Cristo. Porque es cosa extraña que Dios se deleitara tanto en la sangre del inocente, o la requiriera, para perdonar la culpa, por medio del sacrificio de un hombre inocente.

Anselmo. Puesto que, en esta investigación, tomas el lugar de aquellos que no están dispuestos a creer nada que no haya sido previamente probado por la razón, quiero que acordemos entre nosotros aceptar, en el caso de Dios, nada que aun en grado menor no sea inapropiado y de no rechazar la razón por más pequeña que sea si no se opone a una mayor. Porque como es imposible atribuir algo indigno a Dios; por lo que la necesidad acompaña cualquier grado de razonabilidad de modo que cualquier razón, por pequeña que sea, si no se invalida con una mayor, tiene la fuerza de la necesidad.

Boso. En este asunto, acepto que este acuerdo mutuo debe ser preservado entre nosotros.

Anselmo. La pregunta se refiere sólo a la encarnación de Dios, y las cosas que creemos con respecto a su toma de la naturaleza humana.

Boso. Eso es cierto.

Anselmo. Supongamos, pues, que la encarnación de Dios, y las cosas que afirmamos de él como hombre, nunca han tenido lugar. Y estamos de acuerdo que: (1) el hombre fue hecho para la felicidad, que no se puede alcanzar en esta vida, y (2) que ningún ser puede llegar a la felicidad, salvo que sus pecados sean perdonados, y (3) que ningún hombre pasa esta vida sin pecado. Tomemos por sentado, también, las otras cosas, cuya

creencia es necesaria para la salvación eterna.

Boso. Está bien; porque en ello no hay nada que parezca indigno o imposible para Dios.

Anselmo. Por lo tanto, para que el hombre pueda alcanzar la felicidad, la remisión del pecado es necesaria.

Boso. Eso creemos todos.

CAPÍTULO XI. Lo que es pecar, y hacer satisfacción por el pecado.

Anselmo. Debemos preguntar, por lo tanto, de qué manera Dios desecha los pecados de los hombres. Y, para hacerlo más claramente, consideremos primero lo que es pecado y lo que es satisfacer el pecado.

Boso. Es tuyo para explicar y mío para escuchar.

Anselmo. Si el hombre y los ángeles siempre rindieran a Dios lo debido, ellos nunca pecarían.

Boso. No puedo negarlo.

Anselmo. Por lo tanto, el pecado no es otra cosa que no rendir a Dios lo debido.

Boso. ¿Cuál es la deuda que le debemos a Dios?

Anselmo. Todo deseo de una criatura racional debe ser estar sujeto a la voluntad de Dios.

Boso. Nada es más cierto.

Anselmo. Esta es la deuda que los ángeles y los hombres deben a Dios, y nadie que paga esta deuda comete pecado. Pero todo aquel que no lo paga peca. Esto es justicia, o rectitud de voluntad, que hace que un ser sea justo o recto en el corazón, es decir, en la voluntad. Y ésta es la única y completa deuda de honor que debemos a Dios y que Dios requiere de nosotros. Pues es tan sólo una voluntad, cuando se puede ejercer, que hace obras agradables a Dios; y cuando esta voluntad no puede ser ejercida, es agradable por sí sola, ya que sin ella ningún trabajo es aceptable.

El que no paga este honor que es debido a Dios, roba a Dios lo suyo y lo deshonra; y esto es pecado. Además, mientras no restaure lo que ha quitado, permanece en la culpa; y no basta con restaurar lo que se le ha quitado, sino que, teniendo en cuenta el mal causado, debe restaurar más de lo que ha quitado. Porque como quien pone en peligro la salud de otro, no basta con restaurar su salud, sin compensar la dolorosa angustia causada. Así el que viola el honor de otro no basta con rendir honra otra vez, sino que debe, según la extensión del daño causado, hacer la restauración de alguna manera satisfactoria a la persona que ha deshonrado. También debemos observar que cuando alguien paga de vuelta lo que injustamente ha quitado, debe dar algo que no se podría haber exigido de él, si no hubiera robado lo que le pertenecía a otro. Así pues, todo aquel que peca debe devolver el honor que le ha robado a Dios; y esta es la satisfacción que todo pecador debe a Dios.

Boso. Puesto que hemos decidido seguir la razón en todas estas cosas, no puedo hacer ninguna objeción contra ellas, aunque me asustes un poco.

CAPÍTULO XII. Si es apropiado que Dios perdonara los pecados sólo por compasión, sin ningún pago de deuda.

Anselmo. Volvamos y consideremos si era apropiado que Dios perdonara los pecados sólo por compasión, sin que se le pagara el honor que se le había quitado.

Boso. No veo por qué no es apropiado.

Anselmo. Perdonar el pecado de esta manera no es otra cosa que no castigar. Y puesto que no es correcto anular el pecado sin compensación ni castigo; si no es castigado, entonces se pasa por no descargado.

Boso. Lo que dices es razonable.

Anselmo. No es apropiado que Dios pase sobre cualquier cosa en su reino sin descargar.

Boso. Si quiero oponerme a esto, temo pecar.

Anselmo. Por lo tanto, no es apropiado que Dios pase el pecado sin castigo.

Boso. Esto sigue.

Anselmo. Hay también otra cosa que sigue si el pecado se pasa sin castigo, a saber, que Dios no estuviese haciendo diferencia entre el culpable y el no culpable; algo que es indigno para Dios hacer.

Boso. No puedo negarlo.

Anselmo. Observa esto también: Cada uno sabe que la justicia humana está sujeta a la ley, de modo que, según las exigencias de la ley, así es la medida de la recompensa otorgada por Dios.

Boso. Esta es nuestra creencia.

Anselmo. Pero si el pecado no es pagado ni castigado, no está sujeto a ninguna ley.

Boso. No puedo concebir que sea de otra manera.

Anselmo. Si la injusticia, por lo tanto, es perdonada solamente por la misericordia, entonces la injusticia es más libre que la justicia, algo que parece muy inconsistente. Y a esto también se agrega una incongruencia más, a saber, que esta falta de adecuación es tan extensa que hace que la injusticia se asemeje a Dios, pero Dios no está sujeto a ninguna ley, ni hace injusticia como Dios.

Boso. No puedo oponerme tu razonamiento. Pero como Dios nos ordena en todos los casos que perdonemos a los que nos ofenden (Mt. 6,12), parece inconsistente que nos imponga una cosa que no le conviene hacer por sí mismo.

Anselmo. No hay inconsistencia en Dios que nos manda a no tomar sobre nosotros lo que le pertenece a Él solo. Porque ejecutar la venganza no pertenece a nadie sino al que es Señor de todos (Rm. 12, 19). Ahora cuando los poderes del mundo ejercen la retribución, Dios mismo lo hace, pues fue Él quien los nombró para tal propósito (Rm. 13, 1.4)

Boso. Has eliminado la dificultad que yo pensaba que existía en tu argumento. Pero hay otra a la que me gustaría me dieras tu respuesta. Puesto que Dios es tan libre de no estar sometido a ninguna ley y al juicio de nadie, y es tan misericordioso que nadie más

misericordioso puede ser concebido; y nada es justo o apto salvo que Él lo considere de ese modo; parece extraño que digamos que Él no quiere o no es capaz de perdonar un mal que se le haya hecho en su contra, cuando acostumbramos a pedirle a Él el perdón con respecto a los delitos que cometemos contra otros.

Anselmo. Lo que dices de la libertad, la voluntad y compasión de Dios es verdad. Pero debemos explicar estas cosas de acuerdo que con la razón no parezca interferir con su dignidad. Porque solo hay libertad con respecto a lo que es mejor o apropiado; ni se debe llamar misericordia cuando se hace cualquier cosa impropia para el carácter divino. Además, cuando se dice que lo que Dios desea es justo, y que lo que no desea es injusto, no debemos entender que si Dios deseaba algo impropio sería justo, simplemente porque Él lo deseaba. Pues si por la suposición "Dios quiere mentir", no debemos concluir que es correcto mentir, sino que justifica la inferencia "este ser no es Dios". Pues ninguna voluntad puede jamás desear mentir, a menos que la verdad en ella esté corrompida, o, que sea una voluntad corrupta por haber abandonado la verdad. Cuando, entonces, se dice: "Si Dios quiere mentir", el significado es simplemente esto: "Si la naturaleza de Dios es tal que Él desea mentir..."; y, por lo tanto, "mentir es justo" no se sigue que la falsedad esté correcta, sino que se entiende de la misma manera que cuando hablamos de dos cosas imposibles: "Si esto es verdad, entonces esto sigue, porque ni esto ni eso es verdad". Como si un hombre dijera: "Suponiendo que el agua esté seca y el fuego humedecido"; pero tampoco esto es verdad. Por lo tanto: "Si Dios desea esto o aquello, entonces es justo", es correcto solo de aquellas cosas que él desee que no sean inapropiadas para su condición divina. Por ejemplo, si Dios quiere que llueva, es justo que llueva; y si desea que un hombre cualquiera muera, entonces es justo que muera. Por lo tanto, si no le conviene a Dios hacer algo injusto, o desmesuradamente, por supuesto, no pertenece a su libertad, compasión o voluntad- sin castigarlo- al pecador que no paga a Dios lo que le ha defraudado.

Boso. Me quitas todas las objeciones posibles que pensaba tener contra ti.

Anselmo. Considera aún otra razón por la que no es apropiado que Dios haga esto.

Boso. Escucho con prontitud todo lo que digas.

CAPÍTULO XIII. Como nada menos era para tolerar, en el orden de las cosas, que el que la creatura quitara el honor debido a su Creador y no restaurar lo que él quitó.

Anselmo. En el orden de las cosas, no hay nada menos que soportar que la creatura haya quitado el honor debido al Creador, y no restaurar lo que había quitado.

Boso. Nada es más claro que esto.

Anselmo. Pero no hay mayor injusticia que la que debe soportar un mal tan grande.

Boso. Esto, también, es claro.

Anselmo. Pienso, pues, que no dirás que Dios debe tolerar una cosa, que no sufra mayor injusticia, a saber, que la criatura no devuelva a Dios lo que ha quitado.

Boso. Sí, así es. Creo que no debería tolerarse.

Anselmo. De nuevo, si no hay nada mejor o mejor que Dios, no hay nada más justo que la Suprema Justicia (que no es otra cosa que Dios mismo), que mantiene justamente el honor de Dios en el gobierno de las cosas.

Boso. No hay nada más claro que esto.

Anselmo. Por lo tanto, Dios no mantiene nada con más justicia que el honor de su propia dignidad.

Boso. Debo estar de acuerdo con usted.

Anselmo. ¿Te parece que Él conservaría su honor intacto, si permitiese ser defraudado, que no deba recibir satisfacción ni castigar a quien lo defrauda?

Boso. No me atrevo a decirlo.

Anselmo. Por lo tanto, el honor tomado debe ser pagado, o el castigo debe seguir. De lo contrario, Dios no sería justo consigo mismo, o sería débil o sin poder para hacer una u otra cosa; y esto es impío incluso pensar.

Boso. Creo que no se puede decir nada más razonable.

CAPÍTULO XIV. Cómo el honor de Dios existe en el castigo de los pecadores.

Boso. Pero deseo saber de vosotros si el castigo del pecador es un honor para Dios, o qué clase de honor es. Porque si el castigo del pecador no es para el honor de Dios, cuando el pecador no paga lo que él quita, sino que es castigado, Dios pierde su honor irrecuperablemente. Y esto parece estar en contradicción con las cosas que se han dicho.

Anselmo. Es imposible que Dios pierda su honor. Ya sea que el pecador pague libremente su deuda por su propia cuenta, o, si se niega, Dios se la quita. Porque cualquiera de los dos hombres exhiben la debida sumisión a Dios de su propia voluntad, (evitando el pecado o haciendo el pago), o bien Dios los somete a sí mismo por tormentos, incluso contra la voluntad del hombre, y así muestra que es el Señor del hombre, aunque el hombre se niegue a reconocerlo voluntariamente. Y aquí debemos observar que como el hombre en el pecado quita lo que pertenece a Dios, así Dios en castigarlo recibe a cambio lo que pertenece al hombre. Pues no sólo pertenece a un hombre lo que tiene en posesión en el presente, sino también a lo que está en su poder poseer. Por lo tanto, puesto que el hombre fue hecho para poder alcanzar la felicidad evitando el pecado; si por su pecado se priva de la felicidad y de todo bien, reparte de su propia herencia lo que ha robado, aunque lo pague contra su voluntad. Pues aunque Dios no aplica para su propia ventaja lo que Él ha quitado, (como sí lo hace el hombre que transfiere el dinero que ha tomado de otro para su propio uso); sin embargo, lo que Él quita sirve al propósito de su propio honor, por esta misma razón, es quitado. Porque por este acto muestra que el pecador y todo lo que pertenece a él están bajo su sujeción.

CAPÍTULO XV. Dios permite que su honor sea violado incluso en el menor grado.

Boso. Lo que dices me satisface. Pero hay otro punto que me gustaría me respondieses. Pues si, como ustedes dicen, Dios debe mantener su propio honor, ¿por qué permite que sea violado incluso en el menor grado? Pues lo que de alguna manera está sujeto a daño no está enteramente y perfectamente preservado.

Anselmo. No se puede añadir o quitar nada al honor de Dios. Pues este honor que le pertenece no es incorruptible ni inmutable. Pero cuando la criatura individual conserva, naturalmente o por razón, el lugar (en el orden de las cosas) que le pertenece y, por así decirlo, que se le asigna, se dice que obedece y honra a Dios. Y a esto (está especialmente atada), la naturaleza racional, que posee la inteligencia de saber qué hacer. Y cuando el ser racional elige lo que debe, honra a Dios; no por otorgarle nada a Él, sino porque se pone libremente bajo la voluntad y la disposición de Dios, y mantiene su propia posición en el universo, y preserva la belleza del universo mismo. Pero cuando no elige lo que debe, deshonra a Dios, en lo que respecta al ser mismo, porque no se somete libremente a la disposición de Dios. Y perturba el orden y la belleza del universo, como se refiere a sí mismo, aunque no puede dañar ni empañar el poder y la majestad de Dios.

Porque si aquellas cosas que se mantienen juntas en el circuito de los cielos desean no continuar bajo los cielos, o desean existir más allá de los cielos, no hay lugar donde puedan estar sino bajo los cielos, ni pueden volar más allá de los cielos solamente viniendo hacia ellos. Porque no importa de qué lugar y a cuál lugar, o por cuál ruta, todavía estarían circunscritos bajo los cielos. Y a mayor distancia de una parte de los cielos, sólo estarían mucho más cerca de la parte opuesta. Y así, aunque el hombre o ángeles malos se nieguen a someterse a la voluntad y ordenanza divinas, sin embargo, no pueden escapar de Él. Porque si quieren huir de la voluntad del Dios que manda, caen en el poder de su voluntad que castiga. Y si preguntáis adónde van, es sólo bajo el permiso de esa voluntad. E incluso esta elección o acción rebelde es redirigida, bajo la Sabiduría Infinita hacia el orden y la belleza del universo antes mencionado. Porque cuando se entiende que Dios saca lo bueno de muchas formas de mal, entonces la satisfacción por el pecado realizado libremente, o, la imposición del castigo del que no ha satisfecho su pecado, tiene su propio lugar y preserva la belleza del orden en el mismo universo. Si donde la maldad intenta perturbar el orden correcto de la Sabiduría Divina no incluía estas cosas (es decir, no preveía la satisfacción y la exigencia del castigo), luego en el universo (que Dios debía ordenar), se produciría una cierta desfiguración como resultado de la violación de la belleza del orden; y Dios parecería fracasar en Su gobierno. Y estas dos cosas no sólo son inadecuadas, sino consecuentemente imposibles; de modo que la satisfacción o el castigo deben seguir a cada pecado.

Boso. Usted ha contestado satisfactoriamente mi objeción.

Anselmo. Entonces está claro que nadie puede honrar o deshonrar a Dios, como lo es en sí mismo; pero la creatura, en lo que a él concierne, parece hacer esto cuando somete su voluntad a Él u opone su voluntad a la voluntad de Dios.

Boso. No sé qué decir en contra de esto.
Anselmo. Permítanme añadir algo.
Boso. Continúa, hasta que esté cansado de escuchar

CAPÍTULO XVI. La razón por la que el número de ángeles que cayeron está compuesto de entre los hombres.

Anselmo. Es evidente que Dios planeó compensar, de la naturaleza humana que creó sin pecado, el número de ángeles que cayeron.

Boso. Esta es una parte de nuestra creencia, pero todavía me gustaría tener alguna razón para ello.

Anselmo. Usted me confunde, porque pretendíamos discutir sólo la encarnación de Dios, y aquí usted está trayendo otras preguntas.

Boso. No te enojes conmigo; "Porque el Señor ama al dador alegre" (2Cor. 9, 7); Y nadie muestra mejor cuán alegremente da lo que promete, que el que da más de lo que promete; por lo tanto, dime lo que te pido.

Anselmo. No hay duda de que la naturaleza inteligente, que encuentra su felicidad, tanto ahora como siempre, en la contemplación de Dios, fue prevista por él en un cierto número razonable y completo, de modo que habría una incapacidad en su ser menor o mayor.

Porque Dios no sabía en qué número era mejor crear seres racionales, lo cual es falso; o, si lo sabía, entonces nombró un número que considerara más apropiado para sus propósitos. Por lo tanto, o los ángeles que cayeron fueron hechos para estar dentro de ese número; o, como estaban fuera de ese número, no podían seguir existiendo, y así cayeron por necesidad. Pero esta última es una idea absurda.

Boso. La verdad que has expuesto es clara.

Anselmo. Por lo tanto, puesto que deben estar dentro de ese número: o su número por necesidad debe necesariamente haber sido inventado, o bien la naturaleza racional, que se previó como perfecta en número, permanecería incompleta. Pero esto no puede ser.

Boso. Sin duda, entonces, el número debe ser restaurado.

Anselmo. Pero esta restauración sólo puede hacerse de seres humanos, ya que no hay otra fuente de donde ser restaurado.

CAPÍTULO XVII. Otros ángeles no pueden tomar el lugar de los que cayeron.

Boso. ¿Por qué no podían ellos mismos ser restaurados, u otros ángeles sustituidos por ellos?

Anselmo. Cuando vean la dificultad de nuestra restauración, comprenderán la imposibilidad de la suya. Pero otros ángeles no pueden sustituirlos por esto (para pasar por su aparente inconsistencia con la plenitud de la primera creación), porque deberían ser tales como los antiguos ángeles hubieran sido, si nunca hubieran pecado. Pero los primeros ángeles en ese caso habrían perseverado sin jamás presenciar el castigo del pecado; que, con respecto a los otros que fueron sustituidos por ellos después de su caída, era imposible. Porque dos seres que se mantienen firmes en la verdad no son igualmente merecedores de alabanza, si uno nunca ha visto el castigo del pecado, y el otro siempre es testigo del castigo eterno. Pues no se debe suponer por un momento que los buenos ángeles son sostenidos por la caída de ángeles malos, sino por su propia virtud. Pues, si los buenos ángeles hubiesen pecado con los malos, habrían sido condenados con ellos; así, si los ángeles impíos hubiesen permanecido firmes con los santos, también hubieran sido confirmados. Ciertamente, si algunos de los ángeles fueron confirmados solo por la caída de los otros, entonces ninguno de ellos habrían sido confirmados o de lo contrario hubiese sido necesario para uno de ellos caer para que él fuese condenado en orden para que los otros fuesen confirmados. Pero cualquiera de estas suposiciones es absurda. Consecuentemente, los ángeles que permanecieron de pie fueron confirmados en la manera en que todos aquellos semejantes lo hubiesen sido si hubiesen permanecido firmes. Y de esta manera te expliqué, lo mejor que pude, al tratar de la razón por la cual Dios no otorgó perseverancia al diablo.

Boso. Has probado que los ángeles malvados deben ser restaurados de la raza humana. Y de este razonamiento parece que el número de hombres escogidos no será menor que el de ángeles caídos. Pero muestra, si puedes, si el número de hombres elegidos será mayor que el de los ángeles malvados.

CAPÍTULO XVIII. Si habrá más hombres santos que ángeles malos.

Anselmo. Si los ángeles, antes que cualquiera de ellos cayeran, existían en el número perfecto del cual hemos hablado, entonces los hombres sólo fueron creados para sustituir el lugar de los ángeles caídos; y es evidente que su número no sería mayor. Pero si ese número no fue agotado por todos los ángeles juntos, entonces tanto la pérdida como la deficiencia original deben ser completadas entre los hombres, y más hombres serán escogidos que los ángeles caídos. Y así diremos que los hombres fueron hechos no sólo para restaurar el número disminuido, sino también para completar el número imperfecto.

Boso. ¿Cuál es la mejor teoría de que los ángeles fueron originalmente perfectos en número o que no lo fueron?

Anselmo. Expresaré mi punto de vista.

Boso. No puedo pedirte más.

Anselmo. Si el hombre fue creado después de la caída de los ángeles malvados, como algunos comprenden del relato del Génesis, no creo que pueda probar positivamente esta suposición. Pues es posible, creo, que los ángeles hubiesen sido creados perfectos en número, y que después el hombre fue creado para completar su número cuando había sido disminuido. Y también es posible que no fueran perfectos en número, porque Dios aplazó el completar el número, como lo hace aún ahora, determinando en su tiempo perfecto el crear al hombre. Por lo tanto, o Dios sólo completaría lo que todavía no era perfecto, o, si se redujera, lo restauraría.

Pero si toda la creación tuvo lugar de inmediato, y aquellos días en los que Moisés parece describir una creación sucesiva no deben entenderse como días como los nuestros, no puedo ver cómo los ángeles pudieron haber sido creados perfectos en número. Puesto que, si así fuera, me parece que algunos, hombres o ángeles, caerían de inmediato por necesidad, de lo contrario en la ciudad del cielo habría más que el número completo requerido. Si, por lo tanto, todas las cosas fueron creadas al mismo tiempo, parecería que los ángeles y los dos primeros seres humanos formaron un número incompleto, de modo que, si ningún ángel caía, la deficiencia solo debía ser compensada de entre los seres humanos, pero si alguno caía, la parte perdida debía ser también restaurada de entre los hombres. Y que la naturaleza humana, que se había mantenido firme, aunque más débil que la de los ángeles, podría justificar Dios, y poner al diablo en silencio, si atribuía su caída a su debilidad. Y en el caso de que cayera la naturaleza humana, mucho más justificaría a Dios en sí misma en contra del diablo, porque, aunque el hombre creado mucho más débil y de una raza mortal, sin embargo, en los elegidos, ascendería de su debilidad a un estado exaltado por encima del que el diablo había caído. De hecho, sería ascender tanto como los ángeles buenos (en igualdad con ellos) avanzando (porque perseveraron) después de la caída de los malos.

Por estas razones, estoy más bien inclinado a la creencia de que no había, originalmente, ese número completo de ángeles necesarios para perfeccionar la ciudad celeste. Pues, este punto de vista es posible suponiendo que el hombre y los ángeles no

fueron creados al mismo tiempo, y se supone necesario, si el hombre y los ángeles fueron creados al mismo tiempo, que es la opinión de la mayoría, porque leemos: "El que vive para siempre, crea todas las cosas a la vez" (Si. 18,1). Pero si la perfección del universo creado debe ser entendida como consistente, no tanto en el número de seres, como en el número de naturalezas; se deduce que la naturaleza humana fue hecha para consumar esta perfección, o sería superflua. No debemos atrevernos a hacer esta última afirmación con respecto a la naturaleza más pequeña reptil. Por lo tanto, la naturaleza humana fue creada para ocupar su propio lugar en el mundo creado, y no meramente para restaurar el número de seres de otra naturaleza. De lo que es evidente que, incluso no habiendo ningún ángel caído, los hombres todavía habrían tenido su lugar en el reino celestial. Y por lo tanto se deduce que no había un número perfecto de ángeles, incluso antes de que cayeran una parte de ellos. De lo contrario, necesariamente algunos hombres o ángeles debían caer, porque sería imposible que cualquiera continuara más allá del número perfecto.

Boso. No has trabajado en vano.

Anselmo. Hay, también, como creo, otra razón que apoya, en gran medida, la opinión de que los ángeles no fueron creados en número perfecto.

Boso. Déjame escucharla.

Anselmo. Si se hubiera creado un número perfecto de ángeles, y si el hombre hubiera sido hecho solamente para llenar el lugar de los ángeles perdidos, es evidente que, si algunos ángeles no hubiesen caído de su felicidad, el hombre no habría sido exaltado.

Boso. Estamos de acuerdo.

Anselmo. Pero si alguien pregunta: "Como los elegidos se regocijan tanto por la caída de los ángeles como por su propia exaltación, porque uno nunca podía tener lugar sin el otro?", ¿cómo pueden ser justificados en esta malvada alegría, o cómo vamos a decir que los ángeles caídos van a ser restaurados por su sustitución por los hombres? Pues si ellos (los ángeles) hubieran permanecido libres de esta culpa, si no hubiesen caído, estarían libres de alegrarse por la caída de los demás. Respondemos: ¿No pueden los hombres liberarse de esta falta? No, ¿qué clase de felicidad el hombre merecería con esta falta? ¡Con qué temeridad, entonces, decimos que Dios no desea ni es capaz de hacer esta sustitución sin esta falta!

Boso. ¿No es el caso similar al de los gentiles que fueron llamados a la fe, porque los judíos la rechazaron?

Anselmo. No; porque si los judíos hubieran creído, los gentiles habrían sido llamados igualmente; porque "en toda nación el que teme a Dios y obra la justicia es grato de él" (Hch. 10, 35). Pero como los judíos despreciaban a los apóstoles, ésta fue la ocasión inmediata de ellos mirar a los gentiles.

Boso. No veo manera de oponerte.

Anselmo. ¿De dónde surge esa alegría que uno tiene sobre la caída de otro?

Boso. ¿De dónde, sin duda, sino del hecho de que cada individuo estará seguro de

que, si no hubiera caído otro, nunca habría alcanzado el lugar donde ahora está?

Anselmo. Si, entonces, nadie tenía esta certeza, no habría motivo para que uno se regocijara por el destino de otro.

Boso. Así parece.

Anselmo. ¿Crees que cualquiera de los hombres elegidos puede tener esta certeza, si su número excede con mucho a los ángeles que cayeron?

Boso. Ciertamente no puedo pensar que cualquiera la habría o debería tenerla. ¿Cómo puede alguien saber si fue creado para restaurar la parte disminuida, o para compensar lo que todavía no estaba completo en el número necesario para constituir el reino? Pero todos están seguros de que fueron hechos con vistas a la perfección de ese reino.

Anselmo. Si, pues, hay un número mayor que el de los ángeles caídos, nadie puede ni debería saber que no habría alcanzado esta altura sino por la caída de otra persona.

Boso. Eso es verdad.

Anselmo. Nadie, por lo tanto, tendrá motivo para regocijarse de la perdición de otro.

Boso. Según parece.

Anselmo. Puesto que, entonces, vemos que si hay más hombres elegidos que el número de ángeles caídos, la incongruencia no seguirá si no hay más hombres elegidos; y puesto que es imposible que haya algo incongruente en esa ciudad celestial, se convierte en un hecho necesario que los ángeles no fueron hechos perfectos en número, y que habrá más hombres bienaventurados que ángeles condenados.

Boso. No veo cómo se puede negar esto.

Anselmo. Creo que otra razón puede ser apoyada por esta opinión.

Boso. Entonces deberías presentarla.

Anselmo. Creemos que la sustancia material del mundo debe renovarse (2P. 3,12-13), y que esto no ocurrirá hasta que se cumpla el número de los elegidos, y esa Ciudad Santa sea completada. Más aún creemos que después de que la ciudad sea completada la transformación ya no será retrasada. De donde se puede razonar que Dios planeó perfeccionar ambos (el mundo físico natural y la ciudad de seres racionales) al mismo tiempo, para que la naturaleza inferior, que no conocía a Dios, no pudiera perfeccionarse antes que la naturaleza superior que debía gozar de Dios. Y que en su propio modo la naturaleza inferior, al renovarse para mejorar, se regocijaría en el perfeccionamiento de la naturaleza superior. De hecho cada creatura, (cada una en su propio modo se regocija eternamente en su Creador, en sí mismo, y en sus compañeras creaturas) podrá regocijarse sobre su propia gloriosa y maravillosa perfección. Así, aquello que la voluntad produce libremente en la naturaleza racional, esta creatura insensible naturalmente la exhibirá como resultado de la acción de Dios. Porque nos regocijamos en la fama de nuestros antepasados, como cuando en los cumpleaños de los santos nos deleitamos con triunfo festivo, regocijándonos en su honor. Y esta opinión en discusión se apoya en la siguiente consideración: del hecho de que, si Adán no hubiese pecado, Dios aún había podido retrasar la finalización de esa ciudad celestial hasta que el número de hombres

que él creó se transformaran a un estado inmortal (por así decirlo) de sus cuerpos, hasta completar dicho número. Porque tenían en el paraíso una especie de inmortalidad, es decir, un poder de no morir. Pero como era posible que murieran, este poder no era inmortal, como si, de hecho, no hubieran sido capaces de morir.

Pero si el precedente punto de vista es verdadero, si Dios desde el principio resolvió llevar a la perfección, a la vez, esa ciudad racional y bendita y esta naturaleza terrenal e irracional; se deduce que alguna de las siguientes alternativas prevalece: (1) ese estado no era completo en el número de ángeles antes de la caída de los ángeles malvados, sino que Dios estaba esperando para completarlo por los hombres, cuando debía renovar la naturaleza material del mundo; (2) O que, si ese reino era perfecto en número, no estaba en confirmación, y su confirmación debía ser aplazada, aún si nadie pecaba, hasta esa renovación del mundo a la que esperamos; (3) O que, si esa confirmación no podía ser aplazada por tanto tiempo, debía acelerarse la renovación del mundo para que ambos acontecimientos pudieran tener lugar al mismo tiempo. Pero que Dios decidiera renovar el mundo inmediatamente después de que fue creado, y destruir (en el principio, antes que su razón de haberlas creado fuese tan evidente) aquellas cosas que después de esta renovación no existirían, es simplemente absurda. De aquí se desprende que, puesto que los ángeles no estaban completos en número, su confirmación no sería aplazada, pues la renovación de un mundo recién creado tendría lugar pronto, una consecuencia que no es apropiada. Pero que Dios deseara aplazar su confirmación al futuro renovador del mundo, parece impropio, puesto que tan pronto lo logró en algunos, y puesto que sabemos que con respecto a nuestros primeros padres, si no hubieran pecado como lo hicieron, los habría confirmado, así como los ángeles que perseveraron. Es verdad que el hombre aún no estaba elevado a esa igualdad con los ángeles a la que los hombres debían alcanzar, cuando el número tomado de entre ellos estuviese completo.

Sin embargo, si hubieran conservado su santidad original, y no hubieran pecado al ser tentados, habrían sido confirmados, con toda su descendencia, para nunca más pecar; así como cuando fueron conquistados por el pecado, fueron tan debilitados que no podían vivir en sí mismos sin pecar. Porque ¿quién se atreve a afirmar que la injusticia es más poderosa para atar a un hombre en servidumbre, después de haber cedido a ella a la primera tentación, que la justicia para confirmarlo en libertad cuando se ha adherido a ella en la primera tentación? Porque como la naturaleza humana, siendo incluida toda ella en la persona de nuestros primeros padres, por haber pecado, estaban completamente conquistados por el pecado (con la única excepción de aquel hombre que Dios pudiendo crear de una virgen era igualmente capaz de salvar del pecado de Adán), así de igual forma, si no hubieran pecado, la naturaleza humana habría sido conquistada por completo. Queda por lo tanto que la Ciudad Celestial no estaba completa en su número original (disminuido), sino que debía ser completado entre los hombres. Si estas consideraciones son correctas, habría más hombres elegidos que ángeles malvados.

Boso. Lo que dices me parece muy razonable. Pero, ¿qué pensaremos de lo que se lee de Dios: "El estableció los límites del pueblo según el número de los hijos de Israel". Porque las palabras “ángeles de Dios” son encontradas algunas veces por la expresión

"hijos de Israel", algunas personas interpretan este texto de cierta forma que el número de hombres elegidos debe ser entendido como igual a la de los buenos ángeles.

Anselmo. Esto no es discordante con la opinión anterior, si no es cierto que el número de ángeles que cayó es el mismo que el de los que quedaban de pie. Porque bajo esta suposición si hay más ángeles elegidos que ángeles malos, y que los hombres elegidos deben ser sustituidos por los ángeles malos, y es posible que ellos igualen el número de los ángeles buenos, en ese caso habría un número mayor de hombres justos que de ángeles injustos.

Pero recuerda en qué condición me he comprometido a responder a tu pregunta, es decir, que si digo algo que no se sostiene por mayor autoridad, aunque parezca demostrarlo, sin embargo debe ser recibido sin más certeza que como mi opinión para el tiempo presente, hasta que Dios me haga una revelación más clara. Porque estoy seguro de que si digo algo que claramente se opone a las Sagradas Escrituras, es falso; y si soy consciente de ello, ya no lo sostendré. Pero si, con respecto a los temas en que las opiniones opuestas pueden mantenerse sin peligro, como por ejemplo, lo que ahora discutimos, (pues no sabemos si habrá más hombres elegidos que el número de los ángeles perdidos e inclinados a cualquiera de estas opiniones más que a la otra, creo que el alma no está en peligro). Si en asuntos de esta índole, es decir preguntas como esta, si explicamos las palabras divinas que parece favorecer a diferentes puntos de vista, y si no existe palabra divina que determine, sin lugar a dudas, la opinión que debe prevalecer, creo que no debemos ser censurados.

En cuanto al pasaje de que hablasteis anteriormente: "Ha determinado los límites del pueblo (o tribus) según el número de los ángeles de Dios", o como otra traducción lo dice: "según el número de los hijos de Israel"; ya que ambas traducciones significan lo mismo o diferentes, sin contradecirse entre sí. Por lo tanto, podemos entender que los ángeles buenos sólo están entendidos por ambas expresiones, "ángeles de Dios" y "hijos de Israel", o por los hombres elegidos solamente, o por los hombres elegidos y los ángeles, están incluidos, como un todo en la Ciudad Celestial. O también por “ángeles de Dios” pueden ser entendidos sólo ángeles santos, y por “hijos de Israel”, hombres santos solamente; o por los “hijos de Israel”, sólo ángeles, y por “ángeles de Dios”, hombres santos solamente. Si los ángeles buenos están designados por ambas expresiones, es lo mismo que si sólo se hubieran usado "ángeles de Dios"; pero si ambos designan la Ciudad Celestial como un todo, el significado es que un pueblo, es decir, la multitud de hombres elegidos, seguirán siendo tomados, o que continuará habiendo gente en nuestro mundo, hasta que el número predeterminado de esa Ciudad, aún no completado, sea completado de entre los hombres.

Pero ahora no veo por qué sólo los ángeles, o incluso los ángeles y los hombres santos juntos, se entienden por la expresión "hijos de Israel". Porque no es impropio llamar a los hombres santos "hijos de Israel", como se les llama "hijos de Abraham" (Ga. 3, 7). Y también pueden llamarse "ángeles de Dios", por la virtud tomando en cuenta las siguientes consideraciones: (1) porque imitan la vida de los ángeles, (2) se les promete en el cielo una semejanza y una igualdad con los ángeles, y (3) todos los que viven vidas

santas son ángeles de Dios. Por lo tanto, los confesores o mártires son así llamados; porque el que declara y da testimonio de la verdad, es un mensajero de Dios, es decir, su ángel. Y si un malvado es llamado diablo, como dice nuestro Señor de Judas (Jn. 6, 71), por su semejanza en malicia al Diablo; ¿Por qué un hombre bueno no debe ser llamado ángel, porque sigue la santidad? Por lo cual creo que podemos decir que Dios ha establecido los límites del pueblo según el número de los *hombres elegidos*, porque los hombres existirán y habrá un aumento natural entre ellos, hasta que se cumpla el número de elegidos; y cuando esto ocurra, el nacimiento de los hombres, que tiene lugar en esta vida, cesará.

Pero si por "ángeles de Dios" sólo entendemos ángeles santos, y por "hijos de Israel" sólo hombres santos; entonces "Dios ha designado los límites del pueblo según el número de los ángeles de Dios", puede explicarse de dos maneras: es decir, que un pueblo tan grande, es decir, muchos hombres, serán elevados al igual que los santos ángeles de Dios, o en el sentido que un pueblo seguirá existiendo sobre la tierra, hasta que se complete el número de ángeles entre los hombres. Sin embargo, creo que no hay otro método posible de explicación de la declaración: "Él ha designado los límites del pueblo según el número de los hijos de Israel", es decir, que seguirá existiendo un pueblo en el tiempo presente, como se dijo arriba, hasta que se complete el número de hombres santos. Y deducimos de la traducción que tantos hombres serán elevados como ángeles que permanecieron firmes. Sin embargo, aunque los ángeles perdidos deben ser reemplazados entre los hombres, no se sigue que el número de ángeles caídos era igual al de los que perseveraron. Pero si alguien afirma esto, tendrá que encontrar medios de invalidar las razones dadas arriba, que demuestren, creo: (1) que no había entre los ángeles, antes de la caída, ese número perfecto antes mencionado, y (2) que habrá más hombres elegidos que el número de ángeles malos.

Boso. No me arrepiento de haberte exhortado a estas observaciones acerca de los ángeles, porque no ha sido en vano. Ahora volvamos a nuestra digresión.

Anselmo. Queda establecido que Dios planeó reemplazar a los ángeles caídos de entre los hombres.

Boso. Eso es cierto.

Anselmo. Por lo tanto, debe haber en la Ciudad Celestial tantos hombres que serán elevados como sustitutos de los ángeles como correspondería con el número cuyo lugar tomarían, es decir, tantos como ahora hay de ángeles buenos. De lo contrario, los que cayeron no serían restaurados, y consecuentemente Dios no habría podido cumplir el bien que comenzó, o se arrepentiría de haberlo emprendido; cualquiera de dichas alternativas es absurda.

Boso. En verdad es apropiado que los hombres sean iguales a los buenos ángeles.

Anselmo. ¿Los buenos ángeles han pecado alguna vez?

Boso. No.

Anselmo. ¿Puede usted pensar que un hombre, que ha pecado y nunca ha satisfecho a Dios por su pecado, pero simplemente ha quedado impune, puede llegar a ser igual a un ángel que nunca ha pecado?

Boso. Estas palabras, que tanto puedo pensar como pronunciar, pero no puedo percibir su significado de lo que puedo pensar con razón de una falsedad como verdad.

Anselmo. Por lo tanto, no es apropiado que Dios eleve al hombre pecador sin una expiación, en sustitución de los ángeles caídos; porque la verdad no permite que el hombre sea así elevado a una igualdad con los seres santos.

Boso. La razón demuestra esto.

Anselmo. Considera también, dejando de lado la cuestión de la igualdad con los ángeles, si Dios debe, en tales circunstancias, elevar al hombre a la misma o similar felicidad como la que tenía antes de pecar.

Boso. Dame tu opinión, y yo la examinaré tan bien como pueda.

Anselmo. Supongamos que un hombre rico poseía una perla sin impureza alguna y que nadie podía quitársela de sus manos sin su permiso; y que decidió esconderla con sus tesoros más queridos y más valiosos.

Boso. Acepto tu suposición.

Anselmo. ¿Qué pasaría si él permitiera que le fuese sacada de su mano y lanzada en el lodo, aunque podría haberlo impedido? ¿Y qué si luego tomándola todo sucia por el lodo y sin lavar, la vuelve a meter en su cofre hermoso y amado de tesoros, en esta condición? ¿Lo considerarías un hombre sabio?

Boso. ¿Cómo podría? ¿No sería mejor conservar y salvaguardar su perla pura que contaminarla?

Anselmo. ¿No estaría Dios actuando así, que mantenía al hombre en el Paraíso, como estaba en su mano, sin pecado, y destinado a la compañía de los ángeles, y permitió al Demonio, inflamado de envidia, arrojarlo al fango del pecado, aunque

verdaderamente con el consentimiento del hombre? Porque, si Dios hubiese elegido retener al diablo, el diablo no hubiera podido tentar al hombre. Ahora bien, yo digo: ¿No actuaría Dios así, si restableciera al hombre, manchado con la contaminación del pecado, sin lavar, es decir, sin ninguna satisfacción, y permanecer siempre así; ¿Debería restaurarlo de inmediato al Paraíso, del cual había sido expulsado?

Boso. No me atrevo a negar la similitud de su comparación, si Dios hiciera esto, y por lo tanto no admito que Él pueda hacer esto. Pues podría parecer que Él no podía completar lo que Él diseñó, o bien que se arrepintió de su buen plan, ninguna de las cuales es posible con Dios.

Anselmo. Por lo tanto, considérese que, sin satisfacción, es decir, sin el pago voluntario de la deuda, Dios no puede pasar el pecado impune, ni el pecador puede alcanzar esa felicidad, o la felicidad que poseía antes de haber pecado. Porque el hombre no puede ser restaurado de esta manera (sin satisfacción), ni llegar a ser tal como era antes de haber pecado.

Boso. Soy totalmente incapaz de refutar tu razonamiento. Pero ¿qué dices a esto: que rogamos a Dios, "perdónanos nuestras deudas" (Mt. 6, 12). ¿Y por qué cada nación ora al dios de su fe para que les perdone sus pecados? Porque, si pagamos nuestra deuda, ¿por qué rezamos a Dios para que la quite? ¿No es Dios injusto cuando exige lo que ya ha sido pagado? Pero si no hacemos el pago, ¿por qué suplicamos en vano que haga lo que no puede hacer, porque le es impropio de hacer?

Anselmo. El que no paga dice en vano: "Perdóname". Pero el que paga hace súplica, porque la oración está bien conectada con el pago. Porque Dios no le debe a nadie nada, sino que toda creatura debe a Dios; en consecuencia, por lo tanto, no debe tratar el hombre a Dios como con un igual. Pero de esto ya no es necesario que yo le responda. Pues cuando aprendas por qué murió Cristo, creo que verás por ti mismo la respuesta a tu pregunta.

Boso. Su respuesta sobre este asunto me basta por el momento. Y, además, habéis demostrado tan claramente que ningún hombre puede alcanzar la felicidad en el pecado, ni ser liberado del pecado sin satisfacción por la transgresión, que, no podría dudarlo.

CAPÍTULO XX. Esa satisfacción debe ser proporcionada al pecado. El hombre es por sí mismo incapaz de lograr esto.

Anselmo. Ni tampoco, creo, dudarás de esto, que la satisfacción debe ser proporcional al pecado.

Boso. De lo contrario, el pecado permanecería en una forma desordenada (inordinatum), lo cual no puede ser, porque Dios no deja nada desordenado en su reino. Ahora, ya hemos establecido, que incluso la menor inadecuación es imposible para Dios.

Anselmo. Dime, entonces, ¿qué pagarías a Dios en proporción a tu pecado?

Boso. Arrepentimiento, corazón quebrantado y contrito, abnegación, varios sufrimientos corporales, piedad en dar y perdonar, y obediencia.

Anselmo. ¿Qué le das a Dios en todo esto?

Boso. ¿No honro a Dios cuando, por su amor y temor, con contrición de corazón, renuncio al gozo mundano y desprecio, en medio de la abstinencia y fatiga, las delicias y facilidades de esta vida, y me someto obedientemente a Él, otorgando libremente mis bienes a otros?

Anselmo. Cuando entregas algo a Dios que le debes, independientemente de tu pecado pasado, no debes considerar esto como el pago por la deuda que debes por el pecado. Pero le debes a Dios todas las cosas que has mencionado anteriormente. Pues, en este estado mortal, debe haber tal amor y tal deseo de alcanzar el verdadero fin de vuestro ser, que es el significado de la oración, y tanta pena porque todavía no habéis alcanzado este fin, que debes encontrar alegría solo en aquellas cosas que te ayuden en llegar allí o la esperanza que te ayude en esto. Porque no mereces tener algo que no ames y desees en proporción a su naturaleza, y sobre los cuales no te afliges porque aún no los posees pero están en tal peligro de si o no los poseerás. Esto también requiere que uno evite la facilidad y los placeres mundanos tales como huir del verdadero descanso y placer, excepto en la medida en que uno cree que basta para la realización de ese objeto.

Más aún, debes ver los dones que otorgas como parte de tu deuda, porque sabes que lo que das no viene de ti mismo, sino de Aquel cuyo siervo eres tú y también a quien se los das. Y la misma naturaleza te enseña a lidiar con tu siervo-compañero, hombre a hombre, como te gustaría que lo hiciera Él contigo (Mt. 7, 12); y que el que no dé lo que tiene no debe recibir lo que no tiene. Ahora refiriéndonos al perdón, de hecho, hablo brevemente, porque, como dijimos antes, la venganza en ningún sentido le pertenece al hombre, puesto que lo que él tiene no es suyo (1Co. 6, 19-20), ni él que te hiere es de él mismo o vuestro, pero ambos son siervos de un solo Señor, hecho por Él de la nada. Y si te vengas de tu siervo, tú orgullosamente asumes el juicio sobre él cuando es el derecho peculiar de Dios, el juez de todos. Pero, ¿qué le das a Dios por tu obediencia, que no le es debida ya, ya que Él te exige todo lo que eres y tienes y puedes llegar a hacer?

Boso. En verdad no me atrevo a decir que en todas estas cosas yo pago algo de mi deuda debida a Dios.

Anselmo. ¿Cómo entonces pagas a Dios por tu transgresión?

Boso. Si incluso cuando no peco le debo a Dios, para no pecar, (yo mismo y

cualquier cosa que yo realice), no tengo nada para pagarle por mi pecado.

Anselmo. ¿Qué será de ti entonces? ¿Cómo serás salvo?

Boso. Simplemente mirando tus argumentos, no veo ninguna manera. Pero, volviéndome a mi creencia, por medio de la fe cristiana, "que obra por amor" (Ga. 5, 6), que pueda ser salvo, y más aún, ya que leemos que “si el malvado se vuelve de su iniquidad y hace lo recto” (Ez. 18, 27), todas sus transgresiones serán olvidadas.

Anselmo. Esto sólo se dice de aquellos que buscaron a Cristo antes de su venida, o que creen en Él después de su venida. Pero cuando propusimos investigar por la razón si su venida era necesaria para la salvación del hombre dimos la hipótesis de que Cristo y la religión Cristiana nunca hubiesen existido.

Boso. Lo hicimos.

Anselmo. Procedamos por la razón solamente.

Boso. Aunque usted me traiga a estas dificultades, con todo deseo mucho que usted proceda como comenzó.

Anselmo. Supongamos que no debías ninguna de las cosas que suponías como pago posible por tu pecado, preguntémonos si pueden satisfacer por un pecado tan pequeño como una mirada contraria a la voluntad de Dios.

Boso. Excepto por el hecho de que te escuché traer el pecado en cuestión, debería suponer que un solo acto de remordimiento de mi parte borraría este pecado.

Anselmo. Todavía no has estimado la gravedad del pecado.

Boso. Enséñame entonces.

Anselmo. Supongamos que te encuentras ante los ojos de Dios, y alguien te dice: "Mira en aquella dirección". Y supongamos que por el contrario, Dios, te diga: "No es mi voluntad que mires". Pregúntale a tu propio corazón lo que hay en todas las cosas existentes, si harías correcto que dieras esa mirada en contra de la voluntad de Dios.

Boso. No puedo encontrar ningún motivo que lo haga correcto; a menos que yo esté tan necesitado para que yo haga esto o algún pecado mayor.

Anselmo. Quita toda esta necesidad, y pregúntate con respecto a este pecado solamente si puedes hacerlo, incluso para tu propia salvación.

Boso. Veo claramente que no puedo.

Anselmo. Para no detenerte demasiado tiempo; ¿Y si fuera necesario que el universo entero, excepto Dios mismo, se perdiera y se redujera de nuevo a la nada, o que tuvieras que hacer algo tan pequeño contra la voluntad de Dios?

Boso. Cuando considero la acción misma, parece muy insignificante; pero cuando reflexiono sobre el hecho de que es contrario a la voluntad de Dios, reconozco que es algo tan extremadamente grave y no comparable a ninguna pérdida. Pero a veces nos oponemos a la voluntad de otro sin culpa, a fin de preservar su propiedad, de modo que después éste se alegra de que nos opusiéramos a él.

Anselmo. Esto le sucede al hombre, que a menudo no sabe lo que es útil para él, o no puede reemplazar lo perdido; pero Dios no tiene necesidad de nada, y si todas las cosas perecen, puede restaurarlas tan fácilmente como Él las creó.

Boso. Debo admitir que no debo oponerme a la voluntad de Dios ni siquiera para preservar toda la creación.

Anselmo. ¿Y si hubiera más mundos tan llenos de seres como este?

Boso. Si existieran una infinidad de mundos, y me fueran exhibidos de la misma manera, mi respuesta sería la misma.

Anselmo. No puedes responder más correctamente, pero considera, también, ¿qué sucedería si tuvieras que dar esa mirada contraria a la voluntad de Dios, qué pago podrías hacer por tí por ese pecado?

Boso. Sólo puedo repetir lo que dije antes.

Anselmo. Tan odioso es nuestro pecado siempre que a sabiendas nos oponemos a la voluntad de Dios, incluso en lo más mínimo; puesto que siempre estamos ante Él, y Él

siempre nos ordena que no pequemos.

Boso. No puedo negarlo.

Anselmo. Por lo tanto, no haces ninguna satisfacción a menos que restituyas algo mayor que lo que debías, lo cual debería impedirte cometer el pecado.

Boso. Veo que la razón exige esto, y hacer todo lo contrario totalmente imposible.

Anselmo. Dios no puede elevar a la felicidad a ningún ser atado en absoluto por la deuda del pecado, porque Él no debe eso.

Boso. Este veredicto es muy grave.

Anselmo. Escucha una razón adicional que hace que no sea menos difícil para el hombre reconciliarse con Dios.

Boso. Esto solo me llevaría a la desesperación, si no fuera por el consuelo de la fe.

Anselmo. Pero escucha de todas formas.

Boso. Continúa.

CAPÍTULO XXII. Como el hombre, cuando permitió ser conquistado por el diablo; hirió a Dios por lo que no puede hacerse ninguna satisfacción.

Anselmo. El hombre creado sin pecado fue puesto en el Paraíso, con una inclinación a Dios, puesto entre Dios y el diablo, para vencer al diablo para no ceder a su tentación. Así para vindicar y honrar a Dios y poner al diablo en vergüenza, porque aquel hombre, aunque más débil y morador en la tierra, no pecaría aunque fuese tentado por el diablo, mientras que el diablo, aunque más fuerte y en el cielo, pecó sin que nadie lo tentara. Y aunque el hombre pudo haber hecho esto fácilmente, él, por sí mismo y sin fuerza alguna sobre él, se dejó llevar por la voluntad del diablo, en contra de la voluntad y honor de Dios.

Boso. ¿A dónde me quieres llevar con esto?

Anselmo. Decide por ti mismo si no es contrario al honor de Dios que el hombre se reconcilie con Él, cuando todavía tiene sobre sí esta lesión calumniosa que le causó a Dios; a menos que el hombre primero haya honrado a Dios derrotando al diablo, como él lo deshonró al ceder al diablo. Ahora bien, la victoria debe ser tal, ya que, el hombre, que era fuerte y potencialmente inmortal, cedió libremente al diablo y al pecado, y por esta causa, justamente, sufrió el castigo de la muerte. Así, en su debilidad y mortalidad, que él había traído sobre sí mismo, él debe derrotar al diablo por el dolor de la muerte, mientras evitando totalmente el pecado. Pero esto no puede hacerlo el hombre, mientras que por esa herida de la primera transgresión, el hombre sea concebido y nacido en el pecado. (Sal. 51, 7

Boso. Nuevamente digo que la cosa por un lado, es probada por la razón e imposible por otro lado.

Anselmo. Permíteme mencionar una cosa más, sin la cual la reconciliación del hombre no puede ser justamente efectuada, y la imposibilidad es la misma.

Boso. Ya has presentado tantas obligaciones que debemos cumplir, que nada de lo que puedas añadir me alarmará más.

Anselmo. Aun así, escucha.

CAPÍTULO XXIII. Lo que el hombre tomó de Dios por su pecado, el cual él no tiene poder para pagar.

Anselmo. ¿Qué tomó el hombre de Dios, cuando se dejó vencer por el diablo?

Boso. Sigue mencionándolas tú, como lo has hecho, pues no puedo imaginar que otras cosas malas se puedan añadir a las ya mostradas, porque las ignoro.

Anselmo. ¿Acaso no tomó el hombre de Dios lo que se había propuesto Él hacer por la naturaleza humana?

Boso. No se puede negar eso.

Anselmo. Atendiendo a la justicia estricta; y juzgando según esto, si el hombre hace a Dios una verdadera satisfacción por su pecado, a menos que, al vencer al diablo, el hombre devuelva a Dios lo que tomó de Dios al permitirse ser conquistado por el diablo; de modo que, como por esta conquista sobre el hombre el diablo tomó lo que pertenecía a Dios, y Dios era el perdedor, así en la victoria del hombre, el diablo puede ser despojado, y Dios recupera su derecho.

Boso. Seguramente nada puede ser más exactamente o justamente pensado.

Anselmo. ¿Crees que la Justicia Suprema puede violar esta justicia?

Boso. No me atrevo a pensarlo.

Anselmo. Por lo tanto, el hombre no puede y no debe, de ninguna manera recibir de Dios lo que Dios planeó para darle, a menos que regrese a Dios todo lo que le quitó; de modo que, como por el hombre Dios sufrió la pérdida, por el hombre, también, podría recuperar su pérdida. Pero esto no puede hacerse sino de esta manera: que, como en la caída del hombre, toda la naturaleza humana fue corrompida, y como estuviera manchada de pecado, y Dios no escogería a una de tales razas para llenar el número en Su Ciudad Celestial; así, por la victoria del hombre, como muchos hombres pueden ser justificados del pecado como son necesarios para completar el número que el hombre fue hecho para llenar. Pero un hombre pecador no puede de ninguna manera hacer esto, porque un pecador no puede justificar a un pecador.

Boso. No hay nada más justo y nada más imposible. Pero, de todas estas consideraciones, la compasión de Dios y la esperanza del hombre parecen desaparecer, en cuanto a esa felicidad para la cual el hombre fue creado.

Anselmo. Sin embargo, espera un poco.

Boso. ¿Tienes algo más?

CAPÍTULO XXIV. Mientras el hombre no restaure lo que le debe a Dios, no puede ser feliz, ni es excusado por su incapacidad.

Anselmo. Si un hombre es llamado injusto porque no paga a su prójimo una deuda, mucho más es injusto quien no devuelve lo que le debe a Dios.

Boso. Si puede pagar y no lo hace, sin duda es injusto. Pero si no puede pagar, ¿cómo es que es injusto?

Anselmo. De hecho, si el origen de su inhabilidad no estuviera en sí mismo, podría haber alguna excusa para él. Pero si en esta misma incapacidad está su culpa, no disminuye el pecado, ni tampoco lo exime de pagar lo que debe. Supongamos que un amo asigna a su esclavo una determinada obra y le ordena que no entre en ella o vaya más allá de la zanja que le señala. Y supongamos que el esclavo, despreciando el mandamiento y la advertencia de su amo, se arroja a la zanja antes mencionada, para ser completamente incapaz de realizar la obra asignada. ¿Piensas que su incapacidad le servirá como excusa para no hacer su trabajo designado?

Boso. De ninguna manera, sino que más bien aumentará su crimen, ya que él trajo su incapacidad sobre sí mismo. Porque doblemente pecó, al no hacer lo que se le había ordenado hacer y al hacer lo que se le había advertido de no hacer.

Anselmo. Es tan inexcusable el hombre que voluntariamente ha traído sobre sí una deuda que no puede pagar y por su propia conducta cae en la incapacidad, de modo que no puede escapar de su obligación anterior de no pecar ni puede pagar la deuda que ha incurrido por el pecado. Porque su incapacidad es culpable, porque no debe tenerla; más bien está obligado a ser libre de ella. Porque como es un crimen no tener lo que debe, también es un delito tener lo que no debe.

Por lo tanto, es culpable el hombre por no tener esa capacidad que recibió para evitar el pecado, también es culpable tener esa incapacidad por la cual no puede hacer bien y evitar el pecado, ni pagar la deuda que debe a cuenta de su pecado. Porque es por su propia acción libre que pierde esa capacidad, y cae en esta incapacidad que no debe tener. Porque no tener la capacidad que uno debe tener, es lo mismo que tener la incapacidad que uno no debe tener. Por lo tanto, la inhabilidad del hombre para restaurar lo que le debe a Dios, una inhabilidad que se ha traído sobre sí mismo por no pagar, no exime al hombre de pagar; ya que el resultado del pecado no puede excusar el pecado mismo cometido.

Boso. Este argumento es extremadamente grave pero debe ser verdadero.

Anselmo. El hombre, entonces, es injusto al no pagar lo que le debe a Dios.

Boso. Esto es muy cierto; porque él es injusto, tanto en no pagar, como es injusto en ser inhábil de pagar.

Anselmo. Ahora ninguna persona injusta será admitida a la felicidad; pues como esa felicidad es un estado de suficiencia en que no falta nada necesario, a ella no puede pertenecer nadie que no sea tan puro como para no tener injusticia en él.

Boso. No me atrevo a pensar lo contrario.

Anselmo. El que no le paga a Dios lo que le debe, nunca puede ser feliz.

Boso. No puedo negar que esto es así.

Anselmo. Pero si usted decide decir: "La razón por la que un Dios misericordioso perdona al suplicante su deuda, porque no puede pagar". Debe decirse que Dios perdonó una de dos cosas, a saber: (1) esto es lo que el hombre debe voluntariamente pagar, pero no puede, es decir, un equivalente por su pecado, que no debió haber cometido aún para salvar al universo entero (2) esto es, castigando al hombre, Dios iba a quitarle al hombre en contra de su voluntad, la felicidad. Por un lado, si Dios perdona lo que el hombre debe pagar libremente, por la razón de que el hombre no puede pagarlo, ¿qué es esto sino decir que Dios abandona lo que no puede obtener? Pero es una burla atribuir tal compasión a Dios. Por otra parte si Dios perdona lo que estaba a punto de arrebatar a un hombre en contra de su voluntad, porque el hombre es incapaz de pagar lo que debe devolver libremente, disminuye el castigo y hace feliz al hombre por su pecado, porque tiene lo que no debe tener. Pues el hombre no debe tener esta incapacidad, y por tanto, mientras la tenga sin expiación, es un pecado. Y verdaderamente tal compasión por parte de Dios es totalmente contraria a la justicia divina, que no permite sino el castigo como recompensa del pecado. Por lo tanto, como Dios no puede ser inconsistente consigo mismo, su compasión no puede ser de esta naturaleza.

Boso. Pienso, entonces, que debemos buscar otra misericordia que no sea esta.

Anselmo. Pero supongamos que es cierto que Dios perdona al hombre que no paga su deuda porque no puede.

Boso. Desearía que así fuera.

Anselmo. Pero mientras que el hombre no hace el pago, ya sea que él desea hacer el pago, o que no lo desea, de modo, que si quiere hacer lo que no puede, será necesitado, y si no lo desea, será injusto.

Boso. Nada puede ser más claro.

Anselmo. Pero sea necesitado o injusto, no será feliz.

Boso. Esto también es claro.

Anselmo. Entonces, mientras no pague, no será feliz.

Boso. Si Dios sigue el principio de la justicia, no hay escape para el infeliz miserable hombre, y la compasión de Dios parece desaparecer.

Anselmo. Tu has exigido una explicación; escucha ahora. No niego que Dios es misericordioso, que preserva al hombre y a la bestia, según la multitud de sus misericordias. (Sal. 35, 7-8 (36)) Pero estamos hablando de esa gran compasión por la que hace feliz al hombre después de esta vida. Y pienso que he probado ampliamente, por las razones dadas arriba: (1) que la felicidad no debe ser otorgada a nadie cuyos pecados no han sido completamente perdonados; y (2) que esta remisión no debe tener lugar, sino por el pago de la deuda contraída por el pecado, según la magnitud del pecado. Y si piensas que cualquier objeción puede ser traída contra estas pruebas, debes mencionarlas.

Boso. No veo cómo tus razones pueden ser invalidadas en absoluto.

Anselmo. Tampoco yo, si se entiende correctamente. Pero aunque uno de esos argumentos que he dado sea confirmado por una verdad inexpugnable, eso debería ser suficiente. Pues la verdad está igualmente protegida contra toda duda, si se demuestra por un argumento como por muchos.

Boso. Seguramente esto es así. Pero, ¿cómo, entonces, el hombre será salvado, si no paga lo que debe, y no debe ser salvado sin pagar? O, ¿con qué cara declararemos que Dios, que es rico en misericordia por encima de toda concepción humana, no puede ejercer esta compasión?

Anselmo. Esta es la pregunta que debes hacer a aquellos en cuyo nombre estás hablando, que no tienen fe en la necesidad de Cristo para la salvación del hombre, y también debes pedirles que digan cómo el hombre puede ser salvado sin Cristo. Pero si no pueden hacerlo, dejen de burlarse de nosotros, y que se apresuren a unirse con nosotros, que no duden de que el hombre pueda ser salvado por medio de Cristo; que no se desesperen de ser salvados en absoluto. Y si esto les aterra, crean en Cristo como nosotros, para que sean salvados.

Boso. Déjame pedirte, como he comenzado, que me muestres cómo un hombre es salvado por Cristo

CAPÍTULO XXV. Cómo la salvación del hombre por Cristo es necesariamente posible.

Anselmo. ¿No está suficientemente demostrado que el hombre puede ser salvado por Cristo, cuando incluso los no creyentes no niegan que el hombre puede ser feliz de alguna manera, y se ha demostrado suficientemente que, dejando a Cristo fuera de vista, no se puede encontrar salvación para el hombre? Porque, por Cristo, o por algún otro medio más el hombre puede ser salvado, o por ningún medio. Por lo tanto, es falso que el hombre no pueda ser salvado, y falso que puede ser salvado de cualquier otra manera, su salvación debe ser necesariamente por Cristo.

Boso. Pero, ¿qué responderías a una persona que percibe que el hombre no puede ser salvado de ninguna otra manera y, sin embargo, al no entender cómo puede ser salvado por Cristo, considera oportuno declarar que no puede haber salvación ni por Cristo ni en ninguna otra manera. ¿Qué respuesta le daríamos?

Anselmo. ¿Qué respuesta debe darse a quien atribuye la imposibilidad a una verdad necesaria, porque no entiende cómo puede ser?

Boso. Que es un tonto.

Anselmo. Entonces lo que dice debe ser despreciado.

Boso. Muy cierto; pero debemos mostrarle de qué manera es verdadera la cosa que él sostiene que es imposible.

Anselmo. ¿No percibes, por lo que hemos dicho más arriba, que es necesario que algunos hombres alcancen la felicidad? Porque, si no es apropiado que Dios eleve al hombre con cualquier mancha sobre él, a aquello para lo cual lo liberó de toda mancha, para que no parezca que Dios se había arrepentido de su buena intención, o que no pudo cumplir sus designios; mucho más es imposible, por la misma incapacidad, que ningún hombre sea exaltado al estado para el cual fue hecho. Por lo tanto, una satisfacción como la que hemos demostrado más arriba necesaria para el pecado, debe encontrarse afuera de la fe cristiana, (cosa que ninguna razón puede demostrar); o bien debemos aceptar la doctrina cristiana. Pues lo que está claramente expresado por el razonamiento absoluto no debe en modo alguno ser cuestionado, aunque el método no sea comprendido.

Boso. Lo que usted dice es cierto.

Anselmo. ¿Por qué, entonces, preguntas más?

Boso. Yo no vengo con el propósito de que elimines las dudas de mi fe, sino para que me muestres la razón de mi certeza. Por lo tanto, como me has traído hasta aquí con tu razonamiento, para que perciba que el hombre como un pecador debe a Dios por su pecado lo que es incapaz de pagar, y no puede ser salvado sin pagar; deseo que vayas más lejos conmigo, y me permitas comprender, por la fuerza del razonamiento: (1) la aptitud de todas las cosas que la fe católica nos ordena con respecto a Cristo, si esperamos ser salvos; y (2) cómo sirven para la salvación del hombre, y (3) cómo Dios salva al hombre por compasión; cuando él nunca perdona su pecado, a menos que el hombre haya pagado lo que era debido a causa de su pecado. Y, para hacer su razonamiento más claro, comience por lo básico para establecerlos sobre una base sólida.

Anselmo. Ahora bien, que Dios me ayude, pues no me disgustas en lo más mínimo, ni consideras la debilidad de mi habilidad, cuando me encomiendas una obra tan grande. Sin embargo, lo intentaré, como he comenzado, no confiando en mí mismo, sino en Dios, y haré lo que pueda con su ayuda. Pero separemos las cosas que quedan por decir de las que se han dicho, con una nueva introducción, para que, por su longitud ininterrumpida, estas cosas no se vuelvan tediosas para quien quiera leerlas.

CAPÍTULO I. Como el hombre fue creado por Dios, para ser feliz en el goce de Dios.

Anselmo. No debe ser discutido que la naturaleza racional fue creada por Dios, para ser feliz en gozarlo. Para ello es racional, para discernir la justicia y la injusticia, el bien y el mal, y entre el bien mayor y el menor. De lo contrario se hizo racional en vano. Pero Dios no lo creó racional en vano. Por eso, sin duda, lo hizo racional para este fin. De la misma manera se demuestra que la creatura inteligente recibió el poder del discernimiento con este propósito, para odiar y evitar el mal, y para amar y elegir el bien, y especialmente el bien mayor. Porque de otra manera en vano Dios le habría dado ese poder de discernimiento, ya que la discreción del hombre sería inútil a menos que amara y evitase un bien menor. Pero no le conviene a Dios dar tal poder en vano. Por lo tanto, se ha establecido que la naturaleza racional fue creada para este fin, a saber, amar y elegir el bien supremo, por su propio bien y nada más. Porque si el bien supremo fuera elegido por cualquier otra razón, entonces esta cosa y no el bien supremo sería la cosa amada. Pero la naturaleza inteligente no puede cumplir este propósito sin ser santo. Por lo tanto, para no ser en vano racional, fue creado para cumplir este propósito, tanto racional como santo. Ahora, si fue santificado para elegir y amar el bien supremo, entonces fue hecho tal para seguir a veces lo que amó y eligió, o bien no lo fue. Pero si no fue santificado para este fin, para seguir lo que ama y elige, entonces en vano fue hecho. Y no puede haber ninguna razón por la que debe estar siempre obligado a seguir la santidad. Por lo tanto, mientras sea santo en amar y elegir el bien supremo, para el cual fue hecho, será miserable; porque será impotente a pesar de su voluntad, en cuanto no tiene lo que desea. Pero esto es totalmente absurdo. Por lo tanto, la naturaleza racional fue santificada, para ser feliz en gozar del bien supremo, que es Dios. Por lo tanto, el hombre, cuya naturaleza es racional, fue santificado para este fin, para ser feliz en gozar de Dios.

CAPITULO DOS. Cómo el hombre nunca habría muerto, a menos que hubiera pecado.

Anselmo. Por otra parte, se demuestra fácilmente que el hombre no fue hecho para necesariamente morir; porque, como ya hemos dicho, es inconsistente con la sabiduría y justicia de Dios obligar al hombre a sufrir la muerte sin culpa, cuando lo hizo santo para disfrutar de la bienaventuranza eterna. Por lo tanto, se deduce que si el hombre nunca hubiera pecado, nunca habría muerto.

CAPÍTULO III. Cómo el hombre resucitará con el mismo cuerpo que tiene en este mundo.

Anselmo. De esto se demuestra claramente la resurrección futura de los muertos. Porque si el hombre ha de ser perfectamente restaurado, la restauración lo hará tal como lo hubiera sido si nunca hubiera pecado.

Boso. Tiene que ser así.

Anselmo. Por lo tanto, como el hombre, si no hubiera pecado, habría sido trasladado con el mismo cuerpo a un estado inmortal, de modo que cuando sea restaurado, debe estar con su propio cuerpo como vivió en este mundo.

Boso. Pero ¿qué diremos a quién nos dice que esto es lo suficientemente justo con respecto a aquellos en los que la humanidad será perfectamente restaurada, pero no es necesaria en cuanto al réprobo?

Anselmo. No sabemos nada más justo o apropiado que esto, que como hombre, si hubiera continuado en santidad, hubiera estado perfectamente feliz por la eternidad, tanto en cuerpo como en alma; así, si persevera en la maldad, también será completamente miserable para siempre.

Boso. Usted me ha satisfecho rápidamente en estos asuntos.

CAPÍTULO IV. Cómo Dios completará, con respecto a la naturaleza humana, lo que ha comenzado.

Anselmo. De estas cosas podemos ver fácilmente que Dios completará lo que ha comenzado con respecto a la naturaleza humana, o bien ha hecho para nada una naturaleza tan elevada, capaz de tan grande bien. Ahora bien, si se entiende que Dios no ha hecho nada más valioso que la existencia racional capaz de disfrutarlo; es totalmente ajeno a su carácter suponer que quisiera que la existencia racional pereciera completamente.

Boso. Ningún ser razonable puede pensar lo contrario.

Anselmo. Por lo tanto, es necesario que Él perfeccione en la naturaleza humana lo que ha comenzado. Pero esto, como ya hemos dicho, no puede lograrse sino por una expiación completa del pecado, que ningún pecador puede efectuar por sí mismo.

Boso. Ahora entiendo que es necesario que Dios complete lo que ha comenzado, para que no haya un descrédito de su plan.

CAPÍTULO V. Cómo, aunque la cosa puede ser necesaria, Dios no puede hacerlo por una necesidad obligatoria; y cuál es la naturaleza de esa necesidad que quita o disminuye la gratitud, y qué necesidad la aumenta.

Boso. Pero si así es, entonces Dios parece ser obligado, para evitar lo que es impropio, asegurar la salvación del hombre. ¿Cómo, entonces, puede negarse que lo hace más por su cuenta que por la nuestra? Pero si es así, ¿qué gracias le debemos por lo que hace por sí mismo? ¿Cómo atribuiremos nuestra salvación a su gracia, si nos salva de la necesidad?

Anselmo. Hay una necesidad que quita o disminuye nuestra gratitud a un benefactor, y hay también una necesidad por la cual el favor merece aún mayores gracias. Pues cuando uno se beneficia de una necesidad a la que se somete involuntariamente, se le deben menos gracias, o ninguna. Pero cuando se pone libremente bajo necesidad para beneficiar a otro, y sostiene esa necesidad sin renuencia, entonces ciertamente merece mayor agradecimiento por el favor. Porque esto no debe llamarse necesidad, sino gracia, en cuanto lo emprendió o lo mantuvo, no con ninguna restricción, sino libremente. Pues si lo que hoy prometes de tu propia voluntad lo diereis mañana, y lo diereis mañana con la misma voluntad; aunque sea necesario, si es posible, redimir tu promesa, o hacerte mentiroso; no obstante, el beneficiario de vuestro favor está tan endeudado por vuestro precioso regalo como si no lo hubierais prometido, pues no habéis sido obligados a haceros su deudor antes de darlo: así es cuando uno se compromete por un voto, un diseño de vida santa. Pues aunque después de su voto debe necesariamente ejecutarlo, no sea que él sufra el juicio de un apóstata, y, a pesar de que puede ser obligado a mantenerlo aún de mala gana, sin embargo, si mantiene su voto alegre, no es menos, pero más agradable a Dios que si no hubiera hecho el voto. Porque no sólo ha renunciado a la vida del mundo, sino también a su libertad personal, por el bien de Dios; y no puede decirse que viva una vida santa por necesidad, pero con la misma libertad con la que hizo el voto. Mucho más, por lo tanto, debemos dar gracias a Dios por haber completado su favor para con el hombre; aunque, en verdad, no sería apropiado que él fracasara en su buen plan, porque no queriendo nada para sí mismo lo comenzó por nuestro bien y no por el suyo propio. Porque lo que el hombre estaba a punto de hacer no estaba escondido de Dios en su creación; y sin embargo, al crear libremente al hombre, Dios, estaba obligado a completar el bien que había comenzado. En fin, Dios no hace nada por necesidad, ya que no está obligado o restringido en nada. Y cuando decimos que Dios hace algo para evitar el deshonor, que ciertamente no teme, debemos decir que Dios hace esto por la necesidad de mantener su honor; cuya necesidad no es más que esto: la inmutabilidad de su honor, que le pertenece en sí mismo, y no se deriva de otro; y por lo tanto no se llama correctamente necesidad. Sin embargo, podemos decir que, aunque toda la obra que Dios hace por el hombre es por gracia, que es necesario que Dios, a causa de su inmutable bondad, complete la obra que ha iniciado.

Boso. Lo concedo.

CAPÍTULO VI. Como ningún ser, excepto el Dios-hombre, puede hacer la expiación por la cual el hombre es salvado.

Anselmo. Pero esto no puede ser efectuado, excepto que el precio pagado a Dios por el pecado del hombre sea algo mayor que todo el universo aparte de Dios.

Boso. Así parece.

Anselmo. Además, es necesario que aquel que puede dar a Dios algo suyo que sea más valioso que todas las cosas en posesión de Dios, deba ser mayor que todo lo que no sea Dios mismo.

Boso. No puedo negarlo.

Anselmo. Por lo tanto, sólo Dios puede hacer esta satisfacción.

Boso. Según parece.

Anselmo. Pero nadie más que un hombre debe hacer esto, otro hombre sabio no haría la satisfacción.

Boso. Nada parece más justo.

Anselmo. Si es necesario, pues, que la Ciudad Celestial esté hecha de hombres, y esto no puede realizarse a menos que se haga la dicha satisfacción que nadie puede hacer sino Dios, es necesario que lo haga el Dios-Hombre.

Boso. ¡Ahora bienaventurado sea Dios! Hemos hecho un gran descubrimiento con respecto a nuestra pregunta. Sigue, pues, como has comenzado. Porque espero que Dios os ayude.

Anselmo. Ahora debemos preguntarnos cómo Dios puede llegar a ser hombre.

CAPÍTULO VII. Cuán necesario es que el mismo ser sea Dios perfecto y hombre perfecto.

Anselmo. Las naturalezas divinas y humanas no pueden alternarse, para que el Divino se haga humano o el Divino humano; no pueden estar tan mezclados como que un tercero deba ser producido a partir de los dos que no es ni totalmente divino ni totalmente humano. Puesto que, concediéndose que sea posible que uno pueda ser cambiado en el otro, sería en ese caso sólo Dios y no hombre, o sólo hombre y no Dios. O, si estuvieran tan mezclados que una tercera naturaleza surja de la combinación de los dos (a partir de dos animales, un macho y una hembra de especies diferentes, se produce un tercero, que no conserva toda la especie de cualquiera de los padres, pero tienen una naturaleza mixta derivada de ambos), no sería Dios ni hombre.

Por lo tanto, el Dios-Hombre, que necesitamos para ser de una naturaleza humana y Divina, no puede ser producido por un cambio de uno a otro, ni por una mezcla imperfecta de ambos en un tercero, puesto que estas cosas no pueden ser, o, si podrían ser, no servirían nada a nuestro propósito. Además, si se dice que estas dos naturalezas completas están unidas de alguna manera, de tal manera que uno puede ser Divino mientras que el otro es humano, y sin embargo, lo que es Dios no es lo mismo con lo que es hombre, es imposible para ambos hacer el trabajo necesario para ser logrado. Porque Dios no lo hará, porque no tiene deuda que pagar; y el hombre no lo hará, porque no puede. Por lo tanto, para que el Dios-hombre pueda realizar esto, es necesario que el mismo ser perfeccione a Dios y perfeccione al hombre, a fin de hacer esta expiación. Porque no puede y no debe hacerlo, a menos que sea Dios y hombre. Puesto que, entonces, es necesario que el Dios-hombre preserve la plenitud de cada naturaleza, no es menos necesario que estas dos naturalezas estén unidas en una sola persona, así como un cuerpo y un alma razonable existen juntos en cada ser humano; pues de lo contrario es imposible que el mismo ser sea Dios y hombre.

Boso. Todo lo que dices es satisfactorio para mí.

CAPÍTULO VIII. Como le tocó a Dios tomar a un hombre de la raza de Adán, y nacer de una mujer.

Anselmo. Ahora nos queda saber de dónde y cómo Dios asumirá la naturaleza humana. Porque Él o bien la tomará de Adán, o bien hará un hombre nuevo, como lo hizo originalmente con Adán. Pero si Él hace un hombre nuevo, no de la raza de Adán, entonces este hombre no pertenecerá a la familia humana que descendió de Adán, y por lo tanto no debe hacer expiación por ella, porque nunca perteneció a ella. Porque, como es justo que el hombre haga expiación por el pecado del hombre, también es necesario que el que hace la expiación sea el propio ser que ha pecado, o bien uno de la misma raza. De lo contrario, ni Adán ni su raza harían satisfacción por sí mismos. Por lo tanto, como a través de Adán y Eva, el pecado fue propagado entre todos los hombres, de modo que nadie más que ellos mismos, o uno nacido de ellos, debe hacer expiación por el pecado de los hombres. Y, puesto que no pueden, uno de ellos debe cumplir esta obra. Además, como Adán y toda su raza, si no hubiesen pecado, habrían permanecido firmes sin el apoyo de ningún otro ser, así que, después de la caída, la misma raza debe elevarse y exaltarse por sí misma. Porque, quien restablezca la raza a su lugar, ciertamente se mantendrá por ese ser que ha hecho esta restauración. Además, cuando Dios creó la naturaleza humana en Adán sólo, y sólo formó a la mujer del hombre, que por la unión de ambos sexos podría haber una descendencia, en esto mostró claramente que deseaba producir todo lo que quería con respecto a los seres humanos sólo de la naturaleza del hombre. Por lo tanto, si la raza de Adán será restablecida por cualquier ser no de la misma raza, no sería restaurada a la dignidad que habría tenido, si Adán no hubiese pecado, y así no sería completamente restaurada; y, además, Dios parecerá haber fracasado en su propósito, tales suposiciones son incongruentes: Por lo tanto, es necesario que el hombre por el cual la raza de Adán será restaurada sea tomado de Adán.

Boso. Si seguimos la razón, como nos propusimos hacer, este es el resultado necesario.

Anselmo. Examinemos ahora la cuestión de si la naturaleza humana tomada por Dios debe producirse de un padre y de una madre, como lo son los demás hombres, o sólo del hombre o de la mujer sola. Porque, en cualquiera de estos tres modos que sea, se producirá de Adán y Eva, ya que de estos dos es que cada persona de ambos sexos descendió. Y de estos tres modos, nadie es más fácil para Dios que otro, que debe ser seleccionado de esta manera.

Boso. Hasta ahora, está bien.

Anselmo. No es un gran esfuerzo demostrar que ese hombre llegará a existir de una manera más noble y más pura, si es producido por el hombre solo, o por la mujer sola, que si brota de la unión de ambos, como lo hacen todos los demás hombres.

Boso. Estoy de acuerdo contigo.

Anselmo. Por lo tanto, debe ser tomado del hombre solo o de la mujer sola.

Boso. No hay otra fuente.

Anselmo. De cuatro maneras puede Dios crear al hombre, a saber, (1) del hombre y

de la mujer, en el modo común; (2) ni tampoco del hombre ni de la mujer, como creó a Adán; o (3) del hombre sin mujer, como hizo a Eva; o (4) de mujer sin hombre, que hasta ahora nunca lo ha hecho. Por lo cual, para demostrar que este último modo estaba también bajo su poder, y estaba reservado para este propósito, ¿qué más apropiado que Él tomara ese hombre, cuyo origen buscamos, de una mujer sin un hombre? Ahora bien, si es más digno de ser nacido de una virgen, o no de una virgen, no debemos discutir, sino afirmar, sin lugar a dudas, que el Dios-Hombre debe nacer de una virgen.

Boso. Tu discurso gratifica mi corazón.

Anselmo. ¿Lo que hemos dicho parece lógico, o es insustancial como una nube, como has dicho que los no creyentes declaran?

Boso. Nada puede ser más sólido.

Anselmo. No pintes, por lo tanto, sobre el vacío sin fundamento, sino sobre la verdad sólida, y diga cuan conveniente es que, como el pecado del hombre y la causa de nuestra condenación surgió de una mujer, también la curación del pecado y la fuente de nuestra salvación debe ser encontrada en una mujer. Y para que las mujeres no se desesperen en alcanzar la herencia de los bienaventurados, porque ese mal tan severo surgió de la mujer, es apropiado que de la mujer también una bendición tan grande se levante, para que sus esperanzas puedan reavivarse. Toma también esta visión. Si fue una virgen que trajo todo el mal sobre la raza, es mucho más apropiado que una virgen sea la ocasión de todo bien. Y esto también. Si la mujer, que Dios hizo del hombre solo, fue hecha de una virgen (de virgine), es peculiar para ese hombre también, que nazca de una mujer, para nacer de una mujer sin hombre. De las imágenes que se pueden agregar a esto, mostrando que el Dios-Hombre debe nacer de una virgen, no diremos nada. Estas son suficientes.

Boso. Son sin duda muy bonitas y razonables.

CAPÍTULO IX. Cómo de la necesidad la Palabra sólo puede unirse en una persona con el hombre.

Anselmo. Ahora debemos investigar más, en qué persona Dios, que existe en tres personas, tomará sobre sí la naturaleza del hombre. Pues una pluralidad de personas no pueden tomar a uno solo y un mismo hombre en una unidad de persona. Por lo tanto, en una sola persona puede hacerse esto. Pero en cuanto a esta unidad personal de Dios y del hombre, y en cuál de las personas divinas esto debe ser efectuado, me he expresado, en la medida en que me parece necesario para la presente investigación, en una carta sobre la Encarnación de la Palabra, dirigida a mi señor, el Papa Urbano.

Boso. Sin embargo, echa un vistazo brevemente a este asunto, por qué la persona del Hijo debe encarnarse más que la del Padre o del Espíritu Santo.

Anselmo. Si una de las otras personas se encarna, habrá dos hijos en la Trinidad, a saber, el Hijo de Dios, que es el Hijo antes de la encarnación, y él que también, por la encarnación, será el hijo de la virgen; y entre las personas que siempre deben ser iguales habrá una desigualdad en cuanto a la dignidad del nacimiento. Porque el nacido de Dios tendrá un nacimiento más noble que el que ha nacido de la virgen. Del mismo modo, si el Padre se encarnara, habría dos nietos en la Trinidad; porque el Padre, al asumir la humanidad, sería nieto de los padres de la virgen, y la Palabra, aunque no tenga nada que ver con el hombre, sería todavía el nieto de la virgen, puesto que sería hijo de su hijo. Pero todas estas cosas son incongruentes y no pertenecen a la encarnación de la Palabra. Y hay otra razón que hace más apropiado que el Hijo sea encarnado que las otras personas. Es, que para el Hijo orar al Padre es más apropiado que para cualquier otra persona de la Trinidad para suplicar a su compañero. Además, el hombre, por quien debía orar, y el diablo, a quien debía vencer, se pusieron en una igualdad falsa con Dios por su propia voluntad. Por lo tanto, han pecado, por así decirlo, especialmente contra la persona del Hijo, que se cree que es la imagen misma de Dios. Por lo tanto, el castigo o perdón de la culpa se atribuye con una propiedad peculiar atribuida a Él, sobre quien se infligió principalmente la herida. Puesto que, por tanto, la razón infalible nos ha llevado a esta necesaria conclusión de que las naturalezas Divina y humana deben unirse en una sola persona y que esto es evidentemente más apropiado respecto a la persona de la Palabra que a las otras personas, determinamos que Dios la Palabra debe unirse con el hombre en una sola persona.

Boso. La manera en que me guías está tan guiada por la razón que no puedo apartarme de ella ni a la derecha ni a la izquierda.

Anselmo. No soy yo quien los guía, sino Él de quien estamos hablando, sin cuya guía no tenemos poder para guardar el camino de la verdad.

CAPÍTULO X. Cómo este hombre no muere por una deuda; y en qué sentido puede o no puede pecar; y cómo ni él ni un ángel merece alabanza por su santidad, si les es imposible pecar.

Anselmo. No debemos preguntarnos si este hombre estaba a punto de morir como una deuda, como todos los demás hombres. Porque si Adán no hubiera muerto si no hubiese cometido pecado, mucho menos este hombre debía sufrir la muerte, en quien no había pecado, porque él es Dios.

Boso. Déjame retrasar un poco este punto. En cualquier caso, no me cabe duda si se puede decir que puede pecar o que no puede. Porque si se dice que no puede pecar, parecería difícil creer. Porque decir una palabra acerca de él, no de uno que nunca existió en la manera que hemos hablado hasta ahora, sino como de uno que conocemos y cuyas obras conocemos; ¿Quién, digo, negará que pudo haber hecho muchas cosas que llamamos pecaminosas? Porque, por no hablar de otras cosas, ¿cómo diríamos que no fue posible para él cometer el pecado de la mentira? Porque cuando le dice a los judíos de su Padre: "Si digo que no le conozco, seré mentiroso como ustedes", y en esta frase usa las palabras: "Yo no lo conozco", quien dice que no pudo haber pronunciado estas mismas cuatro palabras, o expresar lo mismo de otra manera, si hubiese declarado:"¿Yo no le conozco?" Si lo hubiera hecho, habría sido un mentiroso, como él mismo dice, y por tanto un pecador. Por lo tanto, puesto que él podía hacer esto, podía pecar.

Anselmo. Es cierto que podía decir esto, y también que no podía pecar.

Boso. ¿Cómo es eso?

Anselmo. Todo poder sigue la voluntad. Porque, cuando digo que puedo hablar o caminar, se entiende, si yo elijo. Porque si la voluntad no está implícita como acción, no hay poder, sino sólo necesidad. Porque, cuando digo que puedo ser arrastrado o atado involuntariamente, no es mi poder, sino la necesidad y el poder de otro. Ya que soy capaz de ser arrastrado o atado en ningún otro sentido que éste, que otro pueda arrastrarme o atarme. Así podemos decir de Cristo, que él podía mentir, como lo entendemos, si él elegía hacerlo. Y, puesto que no podía mentir involuntariamente y no podía desear mentir, no obstante se puede decir que no podía mentir. Así que de esta manera es cierto que él podía y no podía mentir.

Boso. Ahora volvamos a nuestra investigación original con respecto a ese hombre, como si nada se supiera de él. Digo, pues, si no podía pecar, porque, según tú, no podía querer pecar, conserva la santidad de la necesidad y, por tanto, no sería santo por libre albedrío. ¿Qué gracias, pues, se merecería por su santidad? Porque estamos acostumbrados a decir que Dios hizo al hombre y al ángel capaces de pecar por esto, que cuando por su propia voluntad querían mantener la santidad, aunque pudieran haberla abandonado, podrían merecer elogio y recompensa que no habrían tenido si hubiesen sido necesariamente santas.

Anselmo. ¿No son dignos de alabanza los ángeles, aunque incapaces de cometer pecado?

Boso. Sin duda lo son, porque merecían esta incapacidad actual de pecar del hecho

de que cuando podían pecar se negaban a hacerlo.

Anselmo. ¿Qué dices con respecto a Dios, quien no puede pecar, y sin embargo, no ha merecido esto, al negarse a pecar cuando tuvo el poder? ¿No debe ser alabado por su santidad?

Boso. Me gustaría que me contestaras esa pregunta; porque si digo que no merece elogios, sé que hablo falsamente. Si, por el contrario, digo que merece elogios, temo invalidar mi razonamiento con respecto a los ángeles.

Anselmo. Los ángeles no deben ser alabados por su santidad porque podrían pecar, sino porque es debido a ellos mismos, en cierto sentido, que ahora no pueden pecar. Y en este aspecto son en una medida como Dios, que es, en sí mismo, todo lo que posee. Porque se dice que una persona da una cosa, que no la quita cuando puede; y hacer algo es lo mismo que no impedirlo, cuando eso está en el poder de uno. Por lo tanto, cuando el ángel pudo apartarse de la santidad, sin embargo, no lo hizo, y se pudo hacer impío y no lo hizo, podemos decir con propiedad que se confería virtud así mismo y se hacía santo. En este sentido, por lo tanto, tiene la santidad de sí mismo (porque la criatura no puede tenerla de otra manera), y por lo tanto, debe ser alabado por su santidad, porque no es santo de necesidad sino libremente; por esto se llama incorrectamente necesidad pues no implica ni compulsión ni restricción. Por lo tanto, puesto que todo lo que Dios tiene, lo tiene perfectamente de sí mismo, es sobre todo para ser alabado por los bienes que posee y no por ninguna necesidad, sino, como antes se dijo, por su infinita inmutabilidad. Por lo tanto, de la misma manera, ese hombre que también será Dios, puesto que todo lo bueno que posee proviene de sí mismo, será santo no por necesidad, sino voluntariamente, y por lo tanto, merecerá alabanza. Pues, aunque de naturaleza humana tendrá lo que tiene de la naturaleza Divina, sin embargo, también la tendrá de sí mismo, ya que las dos naturalezas se unirán en una sola persona.

Boso. Me has satisfecho en este punto; y veo claramente que es verdad que él no podía pecar, y todavía que merece la alabanza por su santidad. Pero ahora creo que surge la pregunta, ya que Dios puede hacer a un hombre así, ¿por qué no creó ángeles y nuestros primeros padres para ser incapaces de pecar y, sin embargo, loables por su santidad?

Anselmo. ¿Sabes lo que estás diciendo?

Boso. Creo que entiendo, y por lo tanto me pregunto por qué no los hizo así.

Anselmo. Porque no era posible ni correcto que ninguno de ellos fuese igual con Dios, como decimos que era el hombre. Y si preguntáis por qué no trajo a las tres personas, o al menos a la Palabra, a la unidad con los hombres en ese momento, te respondo: Porque la razón no exigía tal cosa, sino que la prohibió completamente, porque Dios no hace nada sin razón.

Boso. Me sonrojo al hacer la pregunta. Sigue con lo que tienes que decir.

Anselmo. Debemos concluir, pues, que él no debía estar sujeto a la muerte, en la medida en que no sería un pecador.

Boso: Debo estar de acuerdo contigo.

CAPÍTULO XI. Cómo Cristo muere por su propio poder, y cómo la mortalidad no es inherente en la naturaleza esencial del hombre.

Anselmo. Ahora bien, permanece preguntarse si, como la naturaleza del hombre es, es posible que ese hombre muera?

Boso. No necesitamos discutir sobre esto, puesto que él será realmente hombre, y cada hombre es por naturaleza mortal.

Anselmo. No creo que la mortalidad sea inherente a la naturaleza esencial del hombre, sino sólo como corrupta. Puesto que, si el hombre nunca hubiese pecado, y si su inmortalidad hubiese sido confirmada de manera inconmutable, habría sido como realmente hombre; y cuando los muertos resuciten, incorruptibles, no serán menos hombres. Porque si la mortalidad era un atributo esencial de la naturaleza humana, entonces aquel que era inmortal no podía ser hombre. Por lo tanto, ni la corrupción ni la incorrupción pertenecen esencialmente a la naturaleza humana, porque ni hace ni destruye a un hombre; pero la felicidad le viene de la una, y la miseria de la otra. Pero como todos los hombres mueren, la mortalidad está incluida en la definición del hombre dada por los filósofos, pues nunca han creído en la posibilidad de que el hombre sea inmortal en todos los aspectos. Y así no basta probar que ese hombre debe estar sujeto a la muerte, para que digamos que él será en todos los aspectos un hombre.

Boso. Busca entonces alguna otra razón, ya que no sé de ninguna, si no tú no la encuentras, por la que podamos demostrar que él puede morir.

Anselmo. No debemos dudar que, como él será Dios, poseerá la omnipotencia.

Boso. Ciertamente.

Anselmo. Él puede entonces, si lo desea, dar su vida y tomarla otra vez.

Boso. Si no, apenas parecería ser omnipotente.

Anselmo. Por lo tanto, es capaz de evitar la muerte si así lo desea, y también morir y resucitar. Más aún, si él entrega su vida por la intervención de alguna otra persona, u otra causa esto, de modo que él la entrega permitiendo que se la tome, no hace ninguna diferencia en cuanto a su poder.

Boso. No hay duda de ello.

Anselmo. Si, entonces, elige permitirlo, podría ser asesinado; y si no estaba dispuesto a permitirlo, no podría ser asesinado.

Boso. A esto nos llega inevitablemente la razón.

Anselmo. La razón también nos ha enseñado que el regalo que él presenta a Dios, no de deuda sino libremente, debe ser algo mayor que cualquier cosa en la posesión de Dios.

Boso. Sí.

Anselmo. Ahora esto no se puede encontrar debajo de él ni sobre él.

Boso. Muy cierto.

Anselmo. En él mismo, por lo tanto, debe ser encontrado.

Boso. Según parece.

Anselmo. Por lo tanto, se dará a sí mismo, o algo que pertenezca a sí mismo.

Boso. No puedo ver cómo debería ser de otra manera.

Anselmo. Ahora debemos preguntarnos qué tipo de regalo debe ser este? Porque él no puede entregarse a Dios ni nada suyo, como si Dios no tuviera lo que era suyo. Porque cada criatura pertenece a Dios.

Boso. Esto es así.

Anselmo. Por lo tanto, debe este regalo ser entendido de esta manera, que de alguna manera se da a sí mismo, o algo de él, al honor de Dios, que no debió como deudor.

Boso. Así parece de lo que ya se ha dicho.

Anselmo. Si decimos que él se entregará a Dios por la obediencia, manteniendo la santidad constantemente, sometiéndose a su voluntad, este no va a dar una cosa que Dios no le exigió como debida a Él. Porque todo ser razonable debe su obediencia a Dios.

Boso. Esto no se puede negar.

Anselmo. Por lo tanto debe ser de alguna otra manera que se da a sí mismo, o algo que le pertenece, a Dios.

Boso. La razón nos insta a esta conclusión.

Anselmo. Veamos si, quizás, esto puede ser renunciar a su vida o dar su vida, o entregarse a sí mismo a la muerte por el honor de Dios. Porque Dios no exigirá esto de él como una deuda; pues como no se le hallará pecado, no debería morir, como ya hemos dicho.

Boso. De otra manera no puedo entenderlo.

Anselmo. Pero observemos más adelante si esto es según la razón.

Boso. Habla, y escucharé con placer.

Anselmo. Si el hombre pecó con facilidad, ¿no le conviene expiar con dificultad? Y si él fue vencido por el diablo de la manera más fácil posible, para deshonrar a Dios pecando contra Él, ¿no es correcto que el hombre, al satisfacer su pecado, honre a Dios conquistando al diablo con la mayor dificultad posible? ¿No es apropiado que, como el hombre se ha alejado de Dios tanto como es posible en su pecado, debe hacer a Dios la mayor satisfacción posible?

Boso. Seguramente, no hay nada más razonable.

Anselmo. Ahora, nada puede ser más severo o difícil de hacer para el hombre, por el honor de Dios, que sufrir la muerte voluntariamente cuando no está ligado por obligación; y el hombre no puede entregarse a Dios de ninguna manera más verdaderamente que entregándose a sí mismo a la muerte por el honor de Dios.

Boso. Todas estas cosas son verdaderas.

Anselmo. Por lo tanto, el que desea hacer expiación por el pecado del hombre debe ser uno que pueda morir si lo desea.

Boso. Creo que está claro que el hombre que buscamos no sólo debe ser uno que no está necesariamente sujeto a la muerte a causa de su omnipotencia, y uno que no merece

la muerte a causa de su pecado, sino también uno que puede morir por su propia voluntad, porque esto será necesario.

Anselmo. También hay muchas otras razones por las cuales es peculiarmente apropiado que ese hombre entre en la relación común de los hombres, y mantenga una semejanza con ellos, sólo sin pecado. Y estas cosas se manifiestan con más facilidad y claridad en su vida y en sus acciones de las que pueden demostrarse por mera razón sin experiencia. Porque ¿quién puede decir lo necesario y sabio que era para aquel que había de redimir a la humanidad, y conducirlos de nuevo, por sus enseñanzas, del camino de la muerte y la destrucción al camino de la vida y felicidad eterna, cuando conversó con los hombres y cuando les enseñó por medio de relaciones personales, para darles ejemplo de la manera en que debían vivir? Pero ¿cómo podría haber dado este ejemplo a los hombres débiles y moribundos, para que no se desviaran de la santidad, por heridas, desprecios, torturas o incluso la muerte, si no hubieran podido reconocer en él todas estas virtudes?

CAPÍTULO XII. Como, aunque comparte nuestra debilidad, no es, por consiguiente, miserable.

Boso. Todas estas cosas demuestran claramente que él debe ser mortal y participar de nuestras debilidades. Pero todas estas cosas son nuestras miserias. ¿Será entonces miserable?

Anselmo. ¡No, de hecho! Porque como ninguna ventaja que uno tiene aparte de su elección constituye la felicidad, entonces no hay miseria al elegir soportar una pérdida, cuando la elección es sabia y se hace sin obligación.

Boso. Ciertamente, esto debe ser permitido.

CAPÍTULO XIII. Cómo, junto con nuestras otras debilidades, él no participa de nuestra ignorancia.

Boso. Pero dime si, en esta semejanza con los hombres que debe tener, heredará también nuestra ignorancia, como lo hace con nuestras otras debilidades?

Anselmo. ¿Dudas de la omnipotencia de Dios?

Boso. ¡No! Pero, aunque este hombre sea inmortal con respecto a su naturaleza Divina, será mortal en su naturaleza humana. ¿Por qué no será como ellos en su ignorancia, como lo es en su mortalidad?

Anselmo. Esa unión de la humanidad con la persona Divina no se efectuará sino de acuerdo con la más alta sabiduría; y, por lo tanto, Dios no tomará nada del hombre que sea sólo inútil, sino incluso un impedimento para la obra que ese hombre debe cumplir. Pues la ignorancia no es en absoluto útil, sino muy perjudicial. ¿Cómo puede realizar obras, tantas y tan grandes, sin la más alta sabiduría? O, ¿cómo creerán los hombres si le encuentran ignorante? Y si es ignorante, ¿de qué le servirá? Si nada es amado excepto como se sabe, y no hay cosa buena que él no ame, entonces no puede haber cosa buena de la cual sea ignorante. Pero nadie entiende perfectamente el bien, salvo quien puede distinguirlo del mal; y nadie puede hacer esta distinción sino aquel que sabe lo que es el mal. Por lo tanto, como el de quien estamos hablando perfectamente comprende lo que es bueno, por lo que no puede haber ningún mal con el que él no esté familiarizado. Por lo tanto, debe tener todo conocimiento, aunque no lo demuestre abiertamente en su relación con los hombres.

Boso. En sus años más maduros, esto parece ser como usted dice; pero, en la infancia, ya que no era un momento oportuno para descubrir la sabiduría, así no era necesario, y por lo tanto no había ninguna propiedad en él para tenerla.

Anselmo. ¿No dije que la encarnación sería hecha en sabiduría? Pero Dios en sabiduría asumirá esa mortalidad, de la que se sirve tan ampliamente, por un propósito tan grande. Pero no podía sabiamente asumir la ignorancia, porque esto nunca es útil, pero siempre perjudicial, excepto cuando una voluntad malvada se disuade de actuar a causa de ella. Pero, en él nunca existió un mal deseo. Porque si la ignorancia no hacía daño en ningún otro aspecto, lo hace en esto, que quita el bien de conocer. Y respondiendo en una palabra a tu pregunta: que el hombre, por la naturaleza esencial de su ser, estará siempre lleno de Dios; y, por lo tanto, nunca deseará el poder, la firmeza o la sabiduría de Dios.

Boso. Aunque totalmente incapaz de dudar de la verdad de esto con respecto a Cristo, sin embargo, por esta misma razón, he pedido la razón de ello. Porque a menudo estamos seguros de una cosa, y sin embargo no podemos probarla por la razón.

CAPÍTULO XIV. Cómo su muerte supera el número y la grandeza de nuestros pecados.

Boso. Ahora te pido que me digas cómo su muerte puede compensar el número y la magnitud de nuestros pecados, cuando el menor pecado que podemos pensar has demostrado ser tan monstruoso que, habiendo un número infinito de mundos tan llenos de existencia creada como éste, no podrían mantenerse, sino caer de nuevo en la nada, antes de que una mirada se hiciera contraria a la justa voluntad de Dios.

Anselmo. Si ese hombre estuviera aquí delante de ti, y supieras quién era, y te dijeran que si no lo matas, todo el universo, excepto Dios, perecería, ¿lo harías para preservar el resto de la creación?

Boso. ¡No! Ni siquiera mostrándome un número infinito de mundos ante mí.

Anselmo. Pero supongamos que te dijeran: "Si no lo matas, todos los pecados del mundo serán amontonados sobre ti".

Boso. Debo responder que preferiría llevar todos los demás pecados, no sólo los de este mundo presente, pasado y futuro, sino también todos los otros que pudieran ser concebidos, que esto solo. Y creo que debo decir esto, no sólo con respecto a matarlo, sino también a la menor herida que se le pudiera infligir.

Anselmo. Juzgas correctamente; pero dime por qué es que tu corazón piensa que una lesión infligida a él es más atroz que todos los otros pecados que se puedan pensar, en tanto que todos los pecados se cometen contra él?

Boso. Un pecado cometido sobre su persona excede sin comparación todos los pecados que se puedan pensar, que no afectan a su persona.

Anselmo. ¿Qué dices de esto, que a menudo uno sufre libremente ciertos males en su persona, a fin de no sufrir mayores en su propiedad?

Boso. Dios no tiene necesidad de tal paciencia, porque todas las cosas están sujetas a su poder, como respondiste a cierta pregunta mía más arriba.

Anselmo. Dices bien; y por lo tanto vemos que ninguna enormidad o multitud de pecados, aparte de la persona Divina, puede ser comparada por un momento con una lesión corporal infligida a ese hombre.

Boso. Esto es muy claro.

Anselmo. ¿Cuán grande te parece este bien, si la destrucción de él es tal maldad?

Boso. Si su existencia es tan grande como su destrucción es un mal, entonces es mucho más un bien que esos pecados son males, cuya destrucción hasta ahora supera.

Anselmo. Muy cierto. Considera también que los pecados son tan odiosos como malos, y que la vida sólo es amable en cuanto es buena. Y, por lo tanto, se deduce que esa vida es más hermosa que los pecados son odiosos.

Boso. No puedo evitar ver esto.

Anselmo. ¿Y no crees que un bien tan grande en sí tan encantador, pueda servir para pagar lo que se debe por los pecados del mundo entero?

Boso. ¡Sí! Tiene incluso un valor infinito.

Anselmo. ¿Ves, entonces, cómo esta vida conquista todos los pecados, si se da por ellos?

Boso. Claramente.

Anselmo. Si, entonces, dar la vida es sufrir la muerte, como el don de su vida supera todos los pecados de los hombres, también lo será el sufrimiento de la muerte.

CAPÍTULO XV. Cómo esta muerte elimina incluso los pecados de sus asesinos.

Boso. Esto es así con respecto a todos los pecados que no afectan a la persona de la Deidad. Pero déjame preguntarte algo más. Si es tan grande el mal matarle como su vida es un bien, ¿cómo puede su muerte vencer y destruir los pecados de los que lo mataron? O, si destruye el pecado de cualquiera de ellos, ¿cómo no destruir también el pecado cometido por otros hombres? Porque creemos que muchos hombres serán salvos, y muchos no serán salvos.

Anselmo. El Apóstol responde a la pregunta cuando dice: "Si lo hubieran sabido, nunca hubieran crucificado al Señor de la Gloria" (1Co. 2,8). Pues un pecado cometido conscientemente y un pecado hecho ignorantemente son tan diferentes, que un mal que nunca pudieron hacer, si su alcance completo se conociera, puede ser perdonable cuando se hace en la ignorancia. Porque ningún hombre podría, al menos sabiamente, matar al Señor; y, por lo tanto, los que lo hicieron en la ignorancia no se apresuraron en ese crimen trascendental con el cual ninguno otro puede ser comparado. Pues este crimen, cuya magnitud hemos considerado igual al valor de su vida, no lo hemos visto como hecho ignorantemente, sino a sabiendas; una cosa que ningún hombre jamás hizo o podría hacer.

Boso. Usted ha demostrado razonablemente que los asesinos de Cristo pueden obtener perdón por su pecado.

Anselmo. ¿Qué más me preguntas? Por ahora, ve cómo la razón de la necesidad demuestra que el estado celestial debe estar compuesto por los hombres y que esto sólo puede ser por el perdón de los pecados, que el hombre no puede obtener sino por el hombre, que debe ser al mismo tiempo Divino, y reconciliar a los pecadores con Dios con su propia muerte. Por lo tanto, hemos encontrado claramente que Cristo, a quien confesamos ser tanto Dios como hombre, murió por nosotros; y cuando esto se sabe más allá de toda duda, todas las cosas que dice de sí mismo deben ser reconocidas como verdaderas, porque Dios no puede mentir, y todo lo que hace debe ser recibido como realizado sabiamente, aunque no entendamos la razón de ello.

Boso. Lo que dices es cierto; y no dudo por un momento de que sus palabras son verdaderas, y todo lo que hace razonable. Pero pido esto para que me reveles, en su verdadera racionalidad, aquellas cosas en la fe cristiana que parece a los no creyentes como impropias o imposibles; y esto no para fortalecerme a mí en la fe, sino para satisfacer a uno ya confirmado por el conocimiento de la verdad misma.

CAPÍTULO XVI. Cómo Dios tomó a ese hombre de una sustancia pecaminosa, y sin embargo sin pecado. De la salvación de Adán y Eva.

Boso. Por lo tanto, como has revelado la razón de las cosas mencionadas anteriormente, te ruego que también expliques lo que te voy a pedir. Primero, entonces, ¿cómo toma Dios, de una sustancia pecaminosa, es decir, de una especie humana, totalmente contaminada por el pecado, un hombre sin pecado, como una masa sin levadura de la que está fermentada? Pues aunque la concepción de este hombre sea pura y libre del pecado de la gratificación carnal, la virgen misma, de la cual nació, fue concebida en iniquidad, y en el pecado su madre la engendró, ya que ella misma pecó en Adán, en quien todos pecaron.

Anselmo. Puesto que conviene que ese hombre sea Dios, y también el restaurador de los pecadores, no dudamos de que esté totalmente sin pecado; pero esto no servirá de nada, a menos que sea tomado sin pecado y con todo de una sustancia pecaminosa. Pero si no podemos comprender de qué manera la sabiduría de Dios efectúa esto, debemos sorprendernos, pero con reverencia debemos permitir que una cosa de tal magnitud permanezca escondida a nosotros. Porque la restauración de la naturaleza humana por Dios es más maravillosa que su creación; ya que cualquiera era igualmente fácil para Dios; pero antes de que el hombre fuese creado, no había pecado para que no se le negara la existencia. Pero después que el hombre fue creado, por su pecado, merecía perder su existencia junto con su diseño; aunque nunca la hubiera perdido completamente, en otras palabras, que fuese capaz de ser castigado o de recibir la compasión de Dios. Porque ninguna de estas cosas podría tener efecto si se aniquilaba. Por lo tanto, el hombre restaurador de Dios es más maravilloso que su hombre creador, en cuanto se hace por el pecador en contra de sus desiertos; mientras que el acto de la creación no era para el pecador, y no estaba en oposición a los desiertos del hombre. ¡Qué grande es también que Dios y el hombre se unan en una sola persona, mientras se mantiene la perfección de cada naturaleza, el mismo ser va a ser Dios y hombre! ¿Quién, entonces, se atreverá a pensar que la mente humana pueda descubrir cuán sabiamente, cuán maravillosamente, tan incomprensible obra ha sido realizada?

Boso. No creo que ningún hombre pueda descubrir por completo un misterio tan grande en esta vida, y no deseo que hagas lo que ningún hombre puede hacer, sino sólo para explicarlo según tu capacidad. Pues pronto me convencerás de que hay razones más profundas ocultas en este asunto, mostrando a alguien que sabes, que si, al no decir nada, haces parecer que no entiendes ninguna razón.

Anselmo. Veo que no puedo escapar de vuestra importunidad; pero si tengo el poder de explicar lo que deseas, agradezcamos a Dios por ello. Pero si no, basta con lo dicho arriba. Porque, puesto que estás de acuerdo en que Dios debía convertirse en hombre, sin duda Él no carecería de la sabiduría o el poder para efectuar esto sin pecado.

Boso. Esto lo acepto fácilmente.

Anselmo. Ciertamente era apropiado que la expiación que Cristo hizo no sólo beneficiaba a los que vivían en ese tiempo, sino también a otros. Pues, supongamos que

había un rey contra quien todo el pueblo de sus provincias se había rebelado, con la sola excepción de los que pertenecían a su raza, y que todos los demás estaban irremediablemente condenados. Y supongamos que el único que era intachable tuvo tan gran favor del rey, y tan profundo amor por nosotros, como para ser capaz y estar dispuesto a salvar a todos los que confiaban en su guía; y esto a causa de un servicio muy agradable que estaba a punto de hacer por el rey, según su deseo; y en la medida en que todos los que habían de ser perdonados ese día no se reuniesen, el rey concedería, por la grandeza del servicio prestado, que quienquiera antes o después del día designado reconociera que deseaba obtener perdón por la obra de aquel día cumplida, y se ajustara a la condición allí establecida, sería liberado de toda culpa pasada; y, si pecaban después de este perdón, y sin embargo, deseaban hacer expiación y volver a ponerse de conformidad por la eficacia de este plan, podían ser perdonados nuevamente, siempre y cuando nadie entrara en su mansión hasta que esto se cumpliera con lo cual sus pecados eran eliminados. De la misma manera, puesto que todos los que deben ser salvos no podían estar presentes en el sacrificio de Cristo, sin embargo, tal virtud está allí en su muerte, que su poder se extiende incluso a aquellos remotos en lugar o tiempo. Pero que debe beneficiar no sólo a los presentes es claramente evidente, porque no podría haber tantos que vivieran en el momento de su muerte como son necesarios para completar la Ciudad Celestial, incluso si todos los que estaban sobre la tierra en ese momento fueran admitidos a los beneficios de la redención. Porque el número de ángeles malvados que deben ser tomados de los hombres es mayor que el número de hombres en aquel tiempo vivos. Tampoco podemos creer que, desde que el hombre fue creado, hubiera un tiempo en que el mundo, con las criaturas hechas para el uso del hombre, fuera tan inútil que no contenía ningún ser humano que hubiera ganado el objeto para el cual fue creado. Porque no parece apropiado que Dios, por un momento, permita que la raza humana, hecha para completar la Ciudad Celestial, y las criaturas que él hizo para su uso, existan en vano.

Boso. Demuestras por razonamiento correcto, como nada puede oponerse, que nunca hubiera un tiempo desde que el hombre fue creado cuando no había habido alguien que estuviera ganando esa reconciliación sin la cual cada hombre hubiese sido creado en vano. De modo que descansemos sobre esto no sólo como propio sino también necesario. Pues si esto es más adecuado y razonable que en cualquier momento no debió haber nadie que fuese encontrado cumpliendo el diseño por el cual Dios hizo al hombre, y no puede haber ninguna objeción que se pueda hacer a este punto de vista, entonces es necesario que siempre haya alguna persona participando de este perdón prometido. Y, por lo tanto, no debemos dudar que Adán y Eva obtuvieron parte en ese perdón, aunque la autoridad Divina no hace mención de esto.

Anselmo. También es increíble que Dios los creara e inmutablemente determinara crear a todos los hombres de ellos, tantos como fueran necesarios para la Ciudad Celestial, y sin embargo debía excluir a estos dos de este diseño.

Boso. No, sin duda debemos creer que Dios los hizo para este propósito, es decir, para pertenecer al número de aquellos por cuyo motivo fueron creados.

Anselmo. Lo entiendes bien. Pero ningún alma, antes de la muerte de Cristo, podía entrar en el reino celestial, como dije antes, con respecto al palacio del rey.

Boso. Así creemos.

Anselmo. Además, la virgen, de la cual fue tomado aquel hombre de quien estamos hablando, era del número de aquellos que fueron purificados de sus pecados antes de su nacimiento, y él nació de ella en su pureza.

Boso. Lo que tú dices me satisficiera, si no fuera que él debía ser puro de sí mismo, mientras que él parece tener su pureza de su madre y no de sí mismo.

Anselmo. No es así. Pero como la pureza de la madre, de la que él participó, sólo se derivaba de él, él también era puro por y de sí mismo.

CAPÍTULO XVII. Cómo no murió de necesidad, aunque no podía nacer, sino como destinado a sufrir la muerte.

Boso. Hasta ahora está bien. Pero hay otro asunto que hay que estudiar. Pues hemos dicho antes que su muerte no era una cuestión de necesidad; pero ahora vemos que su madre fue purificada por el poder de su muerte, cuando sin ella no podría haber nacido de ella. ¿Cómo, entonces, no era necesaria su muerte, cuando no podía haber sido, excepto en vista de su muerte futura? Porque si no fuese a morir, la virgen de la que había nacido no podía ser pura, puesto que esto sólo podía hacerse por fe verdadera en su muerte, y si no fuese pura, no podía nacer de ella. Si, por lo tanto, su muerte no es una consecuencia necesaria de su nacimiento de la virgen, nunca podría haber nacido de ella en absoluto; pero esto es un absurdo.

Anselmo. Si hubieras observado cuidadosamente las observaciones hechas arriba, habrías descubierto fácilmente en ellas, pienso, la respuesta a tu pregunta.

Boso. No veo cómo.

Anselmo. ¿No encontramos, al considerar la cuestión de si mentiría, que había dos sentidos de la palabra poder con respecto a ello, la que se refería a su disposición, la otra al acto mismo; y que, aunque tenía el poder de mentir, estaba tan firme por su naturaleza que no deseaba mentir y, por lo tanto, merecía la alabanza por su santidad en el mantenimiento de la verdad?

Boso. Así es.

Anselmo. Del mismo modo, con respecto a la preservación de su vida, existe el poder de preservar y el poder de querer conservarlo. Y cuando se pregunta si el mismo Dios-hombre puede conservar su vida, para no morir jamás, no debemos dudar de que siempre tuviera el poder de preservar su vida, aunque no podría hacerlo con el propósito de escapar de la muerte. Y puesto que esta disposición, que para siempre le impide desear esto, surge de sí mismo, él da su vida no por necesidad, sino por autoridad libre.

Boso. Pero esos poderes no fueron en todos los aspectos similares, el poder de mentir y el poder de preservar su vida. Pues, si él hubiese querido mentir, él era por supuesto capaz de hacerlo; pero, si quería evitar lo otro, no podía hacerlo más de lo que podía evitar ser lo que es. Porque él se hizo hombre para este propósito, y fue sobre la fe de su venidera muerte que pudo recibir el nacimiento de una virgen, como dijiste arriba.

Anselmo. Como piensas que no podía mentir, o que su muerte era necesaria, porque no podía evitar ser lo que era, para que pudieras afirmar que no podía desear evitar la muerte, o que deseaba morir por necesidad, porque él no podía cambiar la constitución de su ser; porque no se hizo hombre para morir, más que por este propósito, el desear morir. Por lo cual, como no debes decir que no pudo evitar morir, o que por necesidad quiso morir, es igualmente impropio decir que no pudo evitar la muerte o que murió por necesidad.

Boso. Sí, puesto que morir y desear morir están incluidos en el mismo modo de razonar, ambos parecerían caer bajo una necesidad similar.

Anselmo. ¿Quién desearía libremente llegar a ser hombre, para que por el mismo

deseo inmutable sufriera la muerte, y que la virgen de quien habría de nacer pudiera ser pura, por la confianza en la certeza de esto?

Boso. Dios, el Hijo de Dios.

Anselmo. ¿No estaba arriba demostrado, que ningún deseo de Dios está en absoluto restringido; sino que se mantiene libremente en su propia inmutabilidad, tan a menudo como se dice que hace algo necesariamente?

Boso. Se ha demostrado claramente. Pero vemos, por otra parte, que lo que Dios desea inmutablemente no puede evitar serlo, sino que tiene lugar de necesidad. Por lo tanto, si Dios deseaba que ese hombre muriera, sólo podía morir.

Anselmo. Debido a que el Hijo de Dios tomó la naturaleza del hombre con este deseo, es decir, que sufriera la muerte, prueba que es necesario que este hombre no pudiera evitar la muerte.

Boso. Así lo percibo.

Anselmo. ¿No parece de la misma manera lo que hemos dicho que el Hijo de Dios y el hombre cuya persona tomó estaban tan unidos que el mismo ser debía ser tanto Dios como hombre, el Hijo de Dios y el hijo de la virgen?

Boso. Así es.

Anselmo. Por lo tanto, el mismo hombre podría morir y evitar la muerte.

Boso. No puedo negarlo.

Anselmo. Puesto que, entonces, la voluntad de Dios no hace nada por ninguna necesidad, sino por su propio poder, y la voluntad de ese hombre era la misma que la voluntad de Dios, no murió necesariamente, sino sólo de su propio poder.

Boso. A tus argumentos no puedo objetar; porque ni tus proposiciones ni tus inferencias puedo invalidar en lo más mínimo. Pero, sin embargo, esta cosa que he mencionado siempre vuelve a mi mente: que, si deseaba evitar la muerte, no podía hacerlo más de lo que podía escapar de su existencia. Porque debió haberse fijado que él iba a morir, pues si no hubiera sido verdad que estaba a punto de morir, no habría existido fe en su muerte venidera, por la cual la virgen que le dio nacimiento y muchos otros también fueron purificados de sus pecados. Por lo tanto, si podía evitar la muerte, podía convertir en falso lo que era verdad.

Anselmo. ¿Por qué era cierto, antes de morir, que ciertamente iba a morir?

Boso. Porque éste era su deseo libre e inmutable.

Anselmo. Si, pues, como dijiste, no pudo evitar la muerte porque ciertamente iba a morir, y debía ciertamente morir porque era su deseo libre e inmutable, está claro que su incapacidad para evitar la muerte no es otra cosa que su decisión fija de morir.

Boso. Así es; pero sea cual fuere la razón, sigue siendo cierto que no podía evitar su muerte, pero que era necesario que él muriera.

Anselmo. Usted hace un gran alboroto sobre nada, o, como dice el refrán, usted tropieza con una paja.

Boso. ¿No olvidáis mi respuesta a las excusas que habéis hecho al principio de

nuestra discusión, es decir, que debéis explicar el tema, no a los hombres sabios, sino a mí y a mis compañeros investigadores? Permíteme, pues, que te interrogue como lo exigen mi lentitud y necedades, para que, como has comenzado hasta ahora, puedas ir esclareciendo todas nuestras dudas infantiles.

CAPÍTULO XVIII (a) .¿Cómo, con Dios no hay necesidad ni imposibilidad, y qué es una necesidad coercitiva, y cuál no es así.

Anselmo. Ya hemos dicho que es impropio afirmar de Dios que hace algo, o que no puede hacerlo, por necesidad. Porque toda necesidad e imposibilidad está bajo su control.

Pero su elección no está sujeta a ninguna necesidad ni imposibilidad. Porque nada es necesario o imposible sino como Él lo desea. No, la elección o rechazo de algo como una necesidad o una imposibilidad es contraria a la verdad. Puesto que, entonces, hace lo que elige y nada más, ya que no existe ninguna necesidad o imposibilidad antes de su elección o rechazo, tampoco interfieren con su actuación o no actuación, aunque es verdad que su elección y acción son inmutables. Y como, cuando Dios hace algo, una vez que ha sido hecho no puede ser deshecho, sino que debe seguir siendo un hecho real; aún no estamos en lo cierto al decir que es imposible que Dios impida que una acción pasada sea lo que es. Porque no hay necesidad o imposibilidad en el caso, sino la simple voluntad de Dios, que elige que la verdad sea eternamente la misma, porque Él mismo es la verdad. También, si tiene una determinación fija para hacer cualquier cosa, aunque su diseño deba estar destinado a un logro antes de que suceda, sin embargo, no hay coerción en lo que a Él respecta, ya sea para hacerlo o no para hacerlo, pues su voluntad es el único agente en el caso. Porque cuando decimos que Dios no puede hacer nada, no negamos su poder; por el contrario, implicamos que Él tiene invencible autoridad y fuerza. Porque simplemente queremos decir que nada puede obligar a Dios a hacer lo que se dice que es imposible para Él. A menudo usamos una expresión de este tipo, que una cosa puede ser cuando el poder no está en sí mismo, sino en otra cosa; y que no puede ser cuando la debilidad no pertenece a la cosa misma, sino a otra cosa. Así, decimos: "Un hombre así puede estar atado", en lugar de decir: "Alguien puede atarlo", y "No puede atarse", en lugar de "Nadie puede atarlo". Porque poder ser vencidos no es poder, sino debilidad, y no poder ser vencidos no es debilidad, sino poder. Tampoco decimos que Dios hace nada por necesidad, porque hay algo que pertenece a él, sino porque existe en otra cosa, precisamente como dije con respecto a la afirmación de que no puede hacer nada. Porque la necesidad es siempre compulsión o contención; y estas dos clases de necesidad operan varias veces por turno, de modo que lo mismo es necesario e imposible. Pues todo lo que está obligado a existir también está impedido de no existir; y aquello que se ve obligado a existir se ve obligado a no existir. De modo que lo que existe de la necesidad no puede evitar la existencia, y es imposible que exista una cosa que está bajo una necesidad de inexistencia, y viceversa. Pero cuando decimos con respecto a Dios que algo es necesario o no necesario, no queremos decir que, en lo que a Él respecta, hay necesidad, ya sea coercitiva o prohibitiva, pero queremos decir que hay una necesidad en todo lo demás, restringiendo o conduciendo de una manera particular. Mientras que decimos lo contrario de Dios. Porque, cuando afirmamos que es necesario que Dios exprese la verdad y nunca mienta, sólo queremos decir que tal es su inquebrantable disposición de mantener la verdad que por necesidad nada puede hacer

para desviarla de la verdad o para pronunciar una mentira. Cuando, entonces, decimos que ese hombre (que, por la unión de las personas, es también Dios, el Hijo de Dios) no podía evitar la muerte o la elección de la muerte, después de haber nacido de la virgen, no implica que hubiera en él alguna debilidad con respecto a preservar o elegir conservar su vida, pero nos referimos a la inmutabilidad de su propósito , por el cual se convirtió libremente en hombre para este designio, es decir, que perseverando en su deseo sufriría la muerte. Y este deseo nada lo podía cambiar. Pues sería más bien debilidad que poder si hubiese deseado mentir, engañar o cambiar su disposición, cuando antes había escogido que permaneciera sin cambios. Y, como dije antes, cuando uno ha decidido libremente hacer algo bueno, y después lo termina, aunque, si no quisiese pagar su voto, podría ser obligado a hacerlo, pero no debemos decir que él lo hace por necesidad, pero con la misma libertad con que tomó la resolución. Porque no debemos decir que se haga o no se haga nada por necesidad o debilidad, cuando la libre elección es el único agente en el caso. Y si esto es así con respecto al hombre, mucho menos podemos hablar de necesidad o debilidad en referencia a Dios; porque Él no hace nada excepto según su elección, y su voluntad ninguna fuerza puede conducirla o restringirla. Pues este fin fue llevado a cabo por las naturalezas unidas de Cristo, a saber, que la naturaleza Divina debía realizar la parte de la obra necesaria para la restauración del hombre que la naturaleza humana no podía hacer, y que en la naturaleza humana debía manifestarse lo que era inapropiado para lo Divino. Por último, la virgen misma, que fue hecha pura por la fe en él, para que pudiera nacer de ella, ella misma, yo digo, nunca creyó que él iba a morir, salvo por su propia elección. Porque ella conocía las palabras del profeta, que decía de él: "Fue ofrecido de su propia voluntad". Por lo tanto, puesto que su fe estaba bien fundada, debía necesariamente ser como ella creía. Y si te perturba que te diga que es necesario, recuerda que la realidad de la fe de la virgen no fue la causa de la muerte de él por su propia voluntad; pero, porque esto estaba destinado a tener lugar, por lo tanto su fe era real. Si, por lo tanto, se dice que era necesario que muriera por su única elección, porque la fe y la profecía antecedentes eran verdaderas, esto no es más que decir que debía ser porque así debía ser. Pero una necesidad como esta no obliga a una cosa a ser, sino que sólo implica una necesidad de su existencia. Hay una necesidad antecedente que es la causa de una cosa, y también hay una necesidad subsiguiente que surge de la cosa misma. Así, cuando se dice que los cielos giran, es una necesidad antecedente y eficiente, porque deben girar. Pero cuando digo que hablas de necesidad, porque estás hablando, esto no es más que una necesidad subsiguiente e inoperante. Porque sólo quiero decir que es imposible hablar y no hablar al mismo tiempo, y no que alguien te obligue a hablar. Porque la fuerza de su propia naturaleza hace girar al cielo; pero ninguna necesidad te obliga a hablar. Pero dondequiera que haya una necesidad antecedente, hay también una subsiguiente; mas no viceversa. Pues podemos decir que el cielo gira de necesidad, porque gira; pero tampoco es cierto que, hablando, lo hagas por necesidad. Esta necesidad subsiguiente pertenece a todo, de modo que decimos: Todo lo que ha sido, necesariamente lo ha sido. Lo que sea, debe ser. Sea lo que sea, necesariamente lo será. Esta es la necesidad que Aristóteles trata ("de propositionibus

singularibus et futuris", proposiciones singulares y futuras), y que parece destruir cualquier alternativa y atribuir una necesidad a todas las cosas. Por esta necesidad posterior e imperiosa, era necesario (ya que la creencia y la profecía acerca de Cristo eran ciertas, que él moriría de su propia voluntad), que así fuera. Para esto se hizo hombre; para esto hizo y sufrió todas las cosas emprendidas por él; para esto él eligió como lo hizo. Porque por lo tanto eran necesarias, porque iban a ser, y serían porque eran, y eran porque eran; y, si quieres conocer la verdadera necesidad de todas las cosas que él hizo y sufrió, tenlo que eran de necesidad, porque así deseó que fueran. Pero ninguna necesidad precedió a su voluntad. Por lo tanto, si no iban a ser salvados por su voluntad, entonces, no hubiese querido que no hubieran existido. Así que, nadie le quito la vida, sino que la entregó de sí mismo y la tomó de nuevo; porque tenía poder para entregarla y para tomarla de nuevo, como él mismo dijo.

Boso. Me has convencido de que no se puede probar que fue sometido a muerte por ninguna necesidad; Y no puedo lamentar mi importunidad en instarte a hacer esta explicación.

Anselmo. Creo que hemos demostrado con suficiente claridad cómo fue que Dios tomó a un hombre sin pecado de una sustancia pecaminosa; pero no negaré en absoluto que no haya otra explicación que esta que hemos dado, porque Dios ciertamente puede hacer lo que la razón humana no puede comprender. Pero puesto que esto parece adecuado, y puesto que en busca de otros argumentos debemos involucrarnos en cuestiones tales como la del pecado original, y cómo fue transmitida por nuestros primeros padres a toda la humanidad, excepto a este hombre de quien estamos hablando; y puesto que, también, debemos ser sumergidos en varias otras preguntas, cada una exigiendo su propia consideración separada; estemos satisfechos con este relato del asunto, y sigamos completando nuestro trabajo.

Boso. Como elijas; pero con esta condición de que, con la ayuda de Dios, darás alguna vez esta otra explicación, que me debes, por así decirlo, pero que ahora evitas discutir.

Anselmo. En tanto yo mismo entretengo este deseo, no te lo rechazaré; pero debido a la incertidumbre de los acontecimientos futuros, no me atrevo a prometerte, sino encomendándolo a la voluntad de Dios. Pero di ahora, ¿qué queda por descifrar con respecto a la pregunta que propusistes en primer lugar, y que involucra a muchas otras con ella?

Boso. La sustancia de la investigación era esta, por qué Dios se hizo hombre, con el propósito de salvar a los hombres por su muerte, cuando pudo haberlo hecho de alguna otra manera. Y, por numerosas y positivas razones, has demostrado que la restauración de la humanidad no debía tener lugar, y no podría, sin el hombre haber pagado la deuda que le debía a Dios por su pecado. Y esta deuda era tan grande que, mientras que nadie más que el hombre debía pagar la deuda, nadie sino Dios podía hacerlo; para que aquel que lo realizara debía ser tanto Dios como hombre. Y por lo tanto surge la necesidad de que Dios tomara al hombre en unidad con su propia persona; para que el que en su propia naturaleza estuviera obligado a pagar la deuda, pero no podía, pudiera hacerlo en

la persona de Dios. En fin, has demostrado que ese hombre, que también era Dios, debía ser formado de la virgen, y de la persona del Hijo de Dios, y que podía ser tomado sin pecado, aunque de una sustancia pecaminosa. Además, has mostrado claramente que la vida de este hombre ha sido tan excelente y tan gloriosa como para satisfacer ampliamente los pecados del mundo entero, e incluso infinitamente más. Por lo tanto, ahora queda por demostrar cómo se hace ese pago a Dios por los pecados de los hombres.

CAPÍTULO XVIII (b). Cómo la vida de Cristo es pagada a Dios por los pecados de los hombres, y en qué sentido debe Cristo, y en qué sentido no debe o no está obligado a sufrir.

Anselmo. Si se permitió ser muerto por causa de la justicia, no dio su vida por el honor de Dios?

Boso. Parece que sí, pero no puedo entender, aunque no lo dude, cómo podría hacerlo razonablemente. Si vi cómo podía ser perfectamente santo y, sin embargo, preservar para siempre su vida, reconocería que él dio libremente, por el honor de Dios, tal don que supera todas las demás cosas excepto Dios mismo, y es capaz de expiar todo los pecados de los hombres.

Anselmo. ¿No te das cuenta de que cuando soportaba con paciencia los insultos, la violencia e incluso la crucifixión entre los ladrones, mantenía una santidad estricta; por esto puso a los hombres un ejemplo de que nunca se apartarían de la santidad debida a Dios por el sacrificio personal? Pero, ¿cómo habría podido hacer esto, si hubiese evitado, como hubiera podido hacer, la muerte que le había causado por tal motivo?

Boso. Pero seguramente no había necesidad de esto, pues muchas personas antes de su venida, y Juan el Bautista después de su venida, pero antes de su muerte, habían hecho cumplir suficientemente este ejemplo para morir noblemente por el bien de la verdad.

Anselmo. Ningún hombre, excepto éste, le dio a Dios lo que no estaba obligado a perder, o pagó una deuda que no le debía. Pero ofreció gratuitamente al Padre lo que no había necesidad de perder, y pagó por los pecadores lo que no debía por sí mismo. Por lo tanto, puso un ejemplo mucho más noble, que cada uno no debe vacilar en dar a Dios, por sí mismo, lo que debía perder en poco tiempo, ya que era la voz de la razón; porque él, que no carecía de nada para sí y no estaba obligado por otros, que no merecía nada más que castigo, dio la vida tan preciosa, incluso la vida de un personaje tan ilustre, con tal disposición.

Boso. Casi cumples mis deseos; pero permíteme que haga una pregunta, que puede parecer tonta, pero que, sin embargo, no encuentro fácil de contestar. Dices que cuando murió dio lo que no debía. Pero nadie negará que era mejor para él, o que haciendo eso le agradaba a Dios más que si no lo hubiera hecho. Tampoco nadie dirá que no estaba obligado a hacer lo que era mejor hacer, y lo que sabía sería más agradable a Dios. Entonces, ¿cómo podemos afirmar que no le debía a Dios lo que hacía, es decir, aquello que sabía que era mejor y más agradable a Dios, y especialmente porque toda criatura le debe a Dios todo lo que es y todo lo que sabe y todo lo que es capaz de hacer?

Anselmo. Aunque la criatura no tiene nada de sí mismo, sin embargo, cuando Dios le concede la libertad de hacer o no hacer una cosa, le deja la alternativa, de modo que, aunque uno es mejor que el otro, ninguno se le exige positivamente. Y, cualquiera que él haga, se puede decir que debe hacerlo; y si toma la mejor opción, merece una recompensa; porque él da libremente lo que es suyo. Porque aunque el celibato sea mejor que el matrimonio, aun así tampoco se le impone absolutamente al hombre; para que se diga que el que elige el matrimonio y el que prefiere el celibato hacen lo que

deben. Porque nadie dice que ni el celibato ni el matrimonio deben ser escogidos; pero decimos que lo que un hombre estima mejor antes de actuar sobre cualquiera de estas cosas, esto debe hacer. Y si un hombre preserva su celibato como regalo gratuito ofrecido a Dios, busca una recompensa. Cuando usted dice que la criatura le debe a Dios lo que él sabe que es la mejor opción, y lo que puede hacer, si quiere decir que lo debe como una deuda, sin implicar ningún mandato por parte de Dios, no siempre es cierto. Así, como ya he dicho, un hombre no está obligado al celibato como una deuda, sino que debe casarse si lo prefiere. Y si no puedes entender el uso de esta palabra "debere", cuando no hay deuda implícita, permíteme informarte que usamos la palabra "debere" precisamente como a veces lo hacemos de las palabras "posse" y "non posse", y también "necessitas ", cuando la capacidad, etc., no está en las cosas mismas, sino en otra cosa. Cuando, por ejemplo, decimos que los pobres deben recibir limosnas de los ricos, queremos decir que los ricos deben dar limosna a los pobres. Porque esto es una deuda que no se debe a los pobres sino a los ricos. También decimos que Dios debe ser exaltado sobre todos, no porque haya ninguna obligación sobre él, sino porque todas las cosas deben estar sujetas a él. Y él desea que todas las criaturas sean lo que deberían; por lo que Dios desea lo que debe ser. Y de la misma manera, cuando alguna criatura quiere hacer algo que queda completamente a su disposición, decimos que debe hacerlo, porque lo que quiere ser debe ser. Así que nuestro Señor Jesús, cuando deseó, como hemos dicho, sufrir la muerte, debió haber hecho precisamente lo que hizo; porque debía ser lo que deseaba, y no estaba obligado a hacer nada como una deuda. Como es Dios y hombre, en relación con su naturaleza humana, que lo hizo un hombre, también debió haber recibido de la naturaleza divina el control sobre sí mismo que lo liberó de toda obligación, a no ser que hiciera lo que quisiera. De la misma manera, como una persona de la Trinidad, debió haber tenido todo lo que poseía por derecho propio, para ser completo en sí mismo, y no podía estar bajo obligaciones para con otro, ni tener necesidad de dar nada para ser resarcido a sí mismo.

Boso. Ahora veo claramente que no se entregó a sí mismo para morir por el honor de Dios, como una deuda; porque mi propia razón lo demuestra, y sin embargo debió haber hecho lo que hizo.

Anselmo. Ese honor ciertamente pertenece a toda la Trinidad; y puesto que es Dios, el Hijo de Dios, se ofreció a sí mismo por su propio honor, así como por el Padre y por el Espíritu Santo; es decir, dio su humanidad a su divinidad, que es una persona del Dios Trino. Pero, aunque expresemos nuestra idea más definitivamente, aferrándonos a la verdad precisa, podemos decir, sin embargo, según nuestra costumbre, que el Hijo se entregó libremente al Padre. Por lo tanto, claramente afirmamos que al hablar de una persona entendemos a toda la Deidad, a quien como hombre se ofreció a sí mismo. Y, por los nombres de Padre e Hijo, se excita en los corazones de los oyentes una maravillosa profundidad de devoción, cuando se dice que el Hijo suplica al Padre por nosotros.

Boso. Esto lo reconozco de inmediato.

CAPÍTULO XIX. Cómo la salvación humana sigue a su muerte.

Anselmo. Observemos ahora, si podemos, cómo descansa sobre esto la salvación de los hombres.

Boso. Este es el deseo de mi corazón. Pues, aunque creo que te entiendo, sin embargo deseo obtener de ti la estrecha cadena de argumentos.

Anselmo. No hay necesidad de explicar cuán precioso era el don que el Hijo dio libremente.

Boso. Ya está bastante claro.

Anselmo. Pero seguramente no pensarás que él no merecía ninguna recompensa, quien libremente dio un regalo tan grande a Dios.

Boso. Veo que es necesario que el Padre recompense al Hijo; o bien es injusto al no querer hacerlo, o débil por no poder hacerlo; pero ninguna de estas cosas puede atribuirse a Dios.

Anselmo. El que recompensa a otro, o le da algo que no tiene, o le remite algo que le corresponde, pero antes de la gran ofrenda del Hijo, todas las cosas pertenecientes al Padre eran suyas, y nunca le debía nada que pudiera serle perdonado. ¿Cómo puede entonces concederse una recompensa a aquel que no necesita nada y a quién no se puede hacer regalo o liberación?

Boso. Veo, por un lado, la necesidad de una recompensa, y por el otro parece imposible; porque Dios debe necesariamente pagar por lo que debe, y sin embargo, no hay quien lo reciba.

Anselmo. Pero si una recompensa tan grande y tan merecida no se le da a él o a nadie más, entonces casi parecerá como si el Hijo hubiese hecho esta gran obra en vano.

Boso. Tal suposición es impía.

Anselmo. La recompensa entonces debe ser otorgada a otra persona, porque no puede ser sobre él.

Boso. Esto es necesariamente así.

Anselmo. Si el Hijo hubiera querido darle a otro lo que le era debido, ¿podría el Padre impedirlo, o negarse a darlo a la otra persona?

Boso. ¡No! Pero creo que sería justo y necesario que el don sea dado por el Padre a quien el Hijo deseara; porque el Hijo debe ser autorizado a dar lo que es suyo, y el Padre no puede otorgarlo en absoluto, excepto sobre alguna otra persona.

Anselmo. ¿A quién le concedería mejor la recompensa que se obtiene de su muerte, que sobre aquellos cuya salvación, como la razón correcta enseña, se hizo hombre; y por cuya causa, como ya hemos dicho, dejó un ejemplo de sufrir la muerte para preservar la santidad? Porque ciertamente en vano los hombres le imitarían, si no son también partícipes de su recompensa. ¿O quiénes podrían ser más justamente herederos de la herencia que él no necesita y de lo superfluo de sus posesiones que sus padres y hermanos? ¿Qué más apropiado que eso, cuando contempla a tantos de ellos, agobiados

por una deuda tan pesada, y perdidos por la pobreza, en la profundidad de sus miserias, él debía remitir la deuda contraída por sus pecados, y darles lo que por sus transgresiones habían perdido?

Boso. El universo no puede oír nada más razonable, más dulce, más deseable. Y recibo tal confianza de esto que no puedo describir la alegría con que mi corazón se regocija. Porque me parece que Dios no puede rechazar a ninguno que venga a él en su nombre.

Anselmo. Ciertamente no, si él viene rectamente. Y las Escrituras, que descansan sobre la verdad sólida como sobre una base firme, y que con la ayuda de Dios hemos examinado un poco, las Escrituras, digo, nos muestran cómo acercarnos para compartir ese favor, y cómo debemos vivir bajo ella.

Boso. Y todo lo que se construye sobre este fundamento está fundado en una roca inamovible.

Anselmo. Creo que casi he respondido a tu pregunta, aunque podría hacerlo aún más plenamente, y sin duda hay muchas razones que están más allá de mí y que cualquier mortal no alcanza. También es evidente que Dios no tenía necesidad de hacer lo que se decía, pero la verdad eterna lo exigía. Pues aunque se dice que Dios hizo lo que ese hombre hizo, a causa de la unión personal hecha; pero Dios no necesitaba descender del cielo para vencer al diablo ni luchar contra él en santidad para liberar a la humanidad. Pero Dios exigió que el hombre venciera al diablo, para que aquel que había ofendido por el pecado, expiara por la santidad. Como Dios no debía nada al diablo sino el castigo, así el hombre sólo debe reparar el pecado al conquistar al diablo ya que el hombre ya había sido conquistado por él. Pero todo lo que se exigía al hombre, éste lo debía a Dios y no al diablo.

CAPÍTULO XX. Cuán grande y justa es la compasión de Dios.

Ahora hemos encontrado la compasión de Dios que parecía perdida por ti cuando estábamos considerando la santidad de Dios y el pecado del hombre; lo hemos encontrado, digo, tan grande y tan coherente con su santidad, que es incomparablemente superior a todo lo que se pueda concebir. Pues qué compasión puede sobresalir a estas palabras del Padre, dirigidas al pecador condenado a tormentos eternos y sin escapatoria: "Toma a mi Hijo unigénito y hazlo una ofrenda por ti mismo". O estas palabras del Hijo: "Llévame, y rescata tus almas". Porque éstas son las voces que pronuncian, al invitar y conducirnos a la fe en el Evangelio. O puede cualquier cosa ser más justa que él para remitir toda la deuda ya que él ha ganado una recompensa más grande que toda la deuda, si está dada con el amor que él merece.

CAPÍTULO XXI. Cómo es imposible que el diablo sea reconciliado.

Si consideras cuidadosamente el esquema de la salvación humana, percibirás la reconciliación del diablo, de la cual hiciste la investigación, de ser imposible. Pues, como el hombre no podía ser reconciliado sino por la muerte del Dios-hombre, por cuya santidad debía ser compensada la pérdida ocasionada por el pecado del hombre; así los ángeles caídos no pueden ser salvos sino por la muerte de un ángel de Dios que por su santidad puede reparar el mal ocasionado por los pecados de sus compañeros. Y como el hombre no debe ser restaurado por un hombre de una raza diferente, aunque de la misma naturaleza, por lo que ningún ángel debe ser salvado por otro ángel, aunque todos eran de la misma naturaleza, porque no son como los hombres, todos de la misma raza. Porque todos los ángeles no brotaron de uno, como todos los hombres. Y hay otra objeción a su restauración, es decir, que, como no cayeron con nadie por tramar su caída, por lo que deben levantarse con nadie para ayudarles; pero esto es imposible. Pero de otra manera no pueden ser restaurados a su dignidad original. Porque si no hubiesen pecado, habrían sido confirmados en la virtud sin ninguna ayuda externa, simplemente por el poder que se les había dado desde el principio. Y, por lo tanto, si alguien piensa que la redención de nuestro Señor debe extenderse incluso a los ángeles caídos, está convencido por la razón, pero por la razón ha sido engañado. Y no digo esto como si negara que la virtud de su muerte excede por mucho todos los pecados de los hombres y ángeles, sino porque la razón infalible rechaza la reconciliación de los ángeles caídos.

CAPÍTULO XXII. Cómo se muestra la verdad del Antiguo y del Nuevo Testamento en las cosas que se han dicho.

Boso. Todas las cosas que has dicho me parecen razonables e incontrovertibles. Y por la solución de la única pregunta planteada veo la verdad de todo lo que está contenido en el Antiguo y el Nuevo Testamento. Porque, al probar que Dios se hizo hombre por necesidad, dejando de lado lo que se tomó de la Biblia, es decir, las observaciones sobre las personas de la Trinidad y sobre Adán, convence tanto a judíos como a paganos por la mera fuerza de la razón. Y el Dios mismo origina el Nuevo Testamento y aprueba el Antiguo. Y, como debemos reconocerlo de ser verdad, así que nadie puede disentir de cualquier cosa contenida en estos libros.

Anselmo. Si hemos dicho algo que necesita corrección, estoy dispuesto a hacer la corrección si es razonable. Pero si las conclusiones a las que llegamos por la razón parecen confirmadas por el testimonio de la verdad, entonces debemos atribuirla, no a nosotros mismos, sino a Dios, que es bendito para siempre. –

AMÉN

Índice